
ESPACIO
LOS AUTÓMATAS
JOHNNY GARLAND

Los autómatas

Johnny Garland

Espacio el Mundo Futuro223

CAPÍTULO I

RICK CALDER

Le habían dicho que era la más hermosa del mundo. Y no le mintieron. Tampoco exageraron. Rick Calder había viajado mucho. Pero entre todas las bellezas vistas a lo largo de una azarosa existencia, aquélla era la mayor.

La más hermosa bahía del mundo, le dijeron. Y era cierto. Ahora, mientras el «Southern Star» avistaba el mágico puerto de Río, los ojos grises, fríos y serenos de Rick, contemplaban aquella fabulosa herradura natural, como queriendo grabarla en sus retinas.

Pero si bien lo recordaría mientras viviese, prefería poseer la imagen viva, directa, materializada sobre una superficie sensible. Por ello, su pequeña cámara cinematográfica comenzó a filmar, cuando pulsó su botón de funcionamiento.

Con un suave zumbido, el tomavistas apresó en el celuloide la magia, el color, la prodigiosa belleza de Río de Janeiro.

El buque cruzó ante la Bahía de Guanabara, playa residencial, fascinante, blanca, cuajada de jardines, blancos rascacielos y fastuosos hoteles, para encaminarse a la zona portuaria, brumosa por el humo de los transatlánticos y buques de cabotaje, más gris y comercial, pero igualmente bella.

Rick suspiró, cerrando el tomavistas cinematográfico. Había impresionado su primera y maravillosa película de Río de Janeiro. Su primera impresión visual estaba ya registrada por e! frío objetivo de la cámara. Cuando revelase la película reviviría la emoción de aquel momento.

Había tardado mucho en resolverse a hacer aquel viaje. No bastó la insistencia de sus amigos, los McDonald. Tampoco los consejos de otros amigos. Fue la palabra del doctor Warren, la que le resolvió a iniciar el crucero.

—Mi querido Calder —Se había dicho el médico—. Si quiere recuperar la paz de su espíritu y olvidarse del mal momento pasado, será mejor que se vaya lejos de Nueva York y de su ambiente gris, turbio, nocivo para usted. No sólo por sí mismo, sino porque todo le recuerda la depresión que acaba de salvar victoriosamente a fuerza de voluntad, energía y fe.

—Pero doctor, si me marcho de aquí, si me aparto de su lado —había empezado a decir, temeroso, con acento vacilante—, ¿no es posible que vuelva a la bebida, que de nuevo me alcoholice?

—Espero de su sensatez y de su voluntad, Calder, que eso no ocurra, por lejos que yo esté. Ha sufrido usted mucho. Ha tenido pesadillas horribles, ha vivido en un mundo demoníaco, pero no es ni ha sido nunca un alcohólico definitivo. Ahora tiene la oportunidad de demostrarlo. De decir claramente al mundo que si Rick Calder bebió y se hundió en la degradación fue porque le faltó lo que más amaba. Y porque se culpó un poco a sí mismo de todo lo ocurrido.

—¿Acaso no tuve la culpa yo, doctor Warren? — había dicho él amargamente. —Claro que no, Calder. La vida, las circunstancias ajenas a nosotros mismos provocan cosas así. Usted ha dejado ya atrás todo eso. Es un hombre nuevo, libre de preocupaciones. De modo que márchese tranquilo. Cambie de ambiente, de clima, de compañías. Diviértase, vea nuevos países. Y, sobre todo, vigílese a sí mismo. Si alguna vez se ve en la urgente necesidad de beber un trago... que sea sólo un trago. Nunca dos o tres. ¿Entendido?

El había afirmado. Por entonces, la enésima carta de Wally y Stella McDonald llegó a su poder, remitida desde Río de Janeiro, donde ellos tenían actualmente su residencia.

Calder tomó pasaje en el «Southern Star». Partió hacia Brasil...

Y allí estaba ya. Dispuesto a seguir el consejo médico. Dispuesto a ser

por una temporada un simple turista en Río.

Tal vez el doctor Warren había tenido razón. Después de todo, Nueva York le recordaba cosas demasiado terribles. Ahora, bajo aquel cielo azul, purísimo y centelleante, bajo aquel sol ardiente, que hacía destellar con blancos refulgentes y límpidos la hermosa ciudad carioca, era ya otro hombre.

Ni rastro del Rick Calder hundido, degenerado, roto y sin esperanzas ni fe en nada. Deseando morir a cada instante, para terminar con tanta tortura...

Aquél debía haberse quedado en la clínica del doctor Warren. Este de ahora volvía a sentirse joven. Realmente, era joven. Pero, en vez de haber vivido treinta años, le parecía tener cincuenta. Eso era lo malo de vivir con demasiada intensidad.

Deseaba ver a Wally y a Stella. Ellos habían sabido lo ocurrido. Le habían escrito en todo momento. Incluso no le hubiera sorprendido mucho que algunos de los cuantiosos gastos que para su curación y mantenimiento había empleado el doctor Warren en sus crisis hubiesen provenido de los buenos amigos...

Ahora, había hecho algunos trabajos. Otra vez como técnico publicitario. A pesar de su prestigio hundido, obtuvo algunos encargos. Pocos, Pero suficientes para ahorrar en unos meses el dinero que ahora le permitía hacer este viaje. No quiso admitir más ayudas de Warren. Y muchísimo menos, de los McDonald.

Pero se sentía capaz de luchar, de volver a ser el que fue. De devolver a cada uno lo que le había sido prestado para luchar por la salud. Entonces volvería a ser un hombre feliz.

Wally decía que en Río, un publicitario como él, con ideas, inteligencia y ganas de trabajar, podía encontrar fácil empleo en cualquier sitio. Brasil necesitaba gente, siempre gente, para ir prosperando.

El turismo del viaje podía de esa forma desembocar en una tarea profesional. Con tal de que su suerte no le hubiese abandonado tras aquellos dos años de terrible prueba...

Pasados los trámites aduaneros, un taxi le recogió, con sus dos maletas, y el norteamericano dio la dirección:

—Plaza de París, 43. Edificio «Corona»...

El taxi arrancó, dirigiéndose por entre los altos edificios de la urbe, hacia la bahía, donde se hallaban situadas las plazas Gloria y París, auténticos jardines y vergeles, cercados por los modernísimos rascacielos de línea estilizada.

El edificio «Corona» era uno de aquellos altos edificios de encristaladas fachadas y ultramoderna arquitectura. Rick Calder bajó del taxi y entró en él, inquiriendo por los McDonald. El conserje se lo informó:

—Piso veintidós. Apartamento 2235.

Subió. Al pulsar el timbre, apenas tuvo que esperar. Poco después se abría la puerta. Stella estaba allí. Tan bonita, juvenil y risueña como siempre.

—¡Cielos, Rick, si eres tú...! —lanzó un grito jubiloso y le abrazó con fuerza, como si fuera su propio hermano—, ¡No te esperábamos todavía! ¿Cómo no avisaste? Hubiéramos ido a recibirte, Rick... ¡Oh, cuando te vea Wally... !

Así era Stella, Un torrente de locuacidad, de simpatía de efusión sincera. Rick, riendo, se desasió de ella y entró en el apartamento. Por el fondo, asomó Wally, en camiseta, y con la maquinilla eléctrica de afeitar zumbando entre sus dedos.

—¡Rick! —aulló, lo mismo que podría haberlo hecho un comanche. Soltó la maquinilla, sin cuidarse de desconectarla, y corrió hacia el joven—. ¡Rick, diablo..., ya has llegado!

Calder correspondió a las muestras de afecto de su amigo. Luego fue conducido a un «living» esplendoroso, de grandes ventanales abiertos a la luminosidad de Río. Wally, sin acordarse todavía de su maquinilla zumbona, se apresuró a abrir la anaquelería del bar, sirviéndole un combinado. Pero, de súbito, pareció recordar algo. Dejó a un lado el vaso, con una frase balbuceante:

—Oh, perdona... No me acordaba ya...

—Claro, Wally —sonrió Rick—. A veces es difícil...

—¿Qué vas a tomar, entonces?

—Cualquier cosa fresca, gracias.

Poco después charlaban en torno a una mesa donde Wally y Stella

bebían lo mismo que Rick. Líquidos no alcohólicos con cubitos de hielo flotando dentro. Rick apuró un sorbo de refresco y miró a Wally fijamente.

—Te estoy muy agradecido —dijo—. Sé que fuiste tú quien me ayudó en los peores momentos, Wally...

—Bah, olvida eso. Sé que tú hubieras hecho igual en el caso opuesto.

—Claro. Pero eso no altera las cosas. De no ser por ti y por el doctor Warren, jamás me hubiese curado.

—Di más bien que el doctor y tu propia energía pudieron con todo. Lo demás es secundario, Rick. Me alegra mucho saber que estás totalmente curado. El doctor Warren me escribió, refiriéndome detalladamente el proceso y final de tu enfermedad. Has quedado totalmente curado, ¿verdad?

—Sí, del todo. Incluso puedo beber, si lo deseo. Pero no más de una copa o dos. Me han quedado algunas pesadillas, alucinaciones durante el sueño, pero no es gran cosa» Me siento fuerte, normalizado y con un buen control de mi mente y de mi voluntad. Espero que todo siga igual, Wally.

—Yo también. Sinceramente, Rick. Tengo algo bueno para ti en Río.

—¿De veras?

—Sí. Sé que no dispones de medios para permanecer algún tiempo en Brasil, y no aceptarías tampoco mi hospitalidad a muy largo plazo.

—Claro, Wally. Para depender de ti, jamás hubiese venido. Quiero trabajar.

—Pues trabajarás. Y mañana mismo. Hay una publicación que necesita un técnico publicitario audaz, para lanzarla al público. Alguien que conozca el asunto, y sea capaz de introducir en el mercado una revista de «Ciencia-Ficción».

—¿«Ciencia-Ficción», dices? —Rick se echó a reír—. ¡Oh, no! ¿Es posible que una revista de ese tipo necesite un técnico publicitario?

—Sí. La edita Herb H. Arnold, un norteamericano que dirige una empresa editorial. Quiere editar algo sensacionalista, y creo que una publicidad bien orientada situaría su revista en los mercados. ¿Te interesa eso?

—Si no hay nada mejor… —pero Rick torció el gesto, demostrando que no le gustaba demasiado el asunto.

—De momento, no lo hay, Rick. Eso te proporcionará un buen sueldo. Por ahora, tienes asegurados tus ingresos. Puedo enviarte a Herb H. Arnold, y llegarás a un acuerdo con él.

—Está bien. Pero no me gustan mucho esos temas. No creo en las fantasías científicas. ¿Cómo voy a lograr que la gente crea en ellas, si no creo yo?

—No te preocupes por eso. Vuestro escritor, Ned Burgess, es un coloso en tramar historias sobre «platillos». Y el dibujante es una chica de gran fantasía en tales temas, Terry Temple.

—¿Americana también? Pues cualquiera diría que estoy en Nueva York, y no en Río.

—Te equivocas. Ned Burgess es brasileño, hijo de americanos. En cuanto a Terry Temple, es viuda de un brasileño, y tiene una hija, brasileña también, aunque ella sea nacida en Florida.

—Bueno, de todos modos sus nombres son de nuestra tierra. Por eso lo dije, Wally.

—Sí. Y puedes considerarlos como amigos y compatriotas. Ellos sí que tienen fantasía…

—Es natural. Si no, en vez de novelas de «Ciencia-Ficción», tendrían que editar el boletín meteorológico o la agenda agrícola.

Todos rieron. Pero, a pesar de su hilaridad, a Rick seguía sin gustarle aquel trabajo.

* * *

Herb H. Arnold estrechó con calor la mano de Rick, cuando éste hubo firmado el contrato. Sonreía ampliamente, con su cara de luna llena, saludable y bronceada por el sol del trópico.

—Ya pertenece a nuestra firma, Calder — declaró jovialmente. Espero que empiece pronto a buscar ideas para nuestra campaña. Sé editan cosas similares en nuestro país. Pero ninguna debe ser como la que

edite la Arnold Publishers, ¿ha comprendido? Mis escritores tienen normas de no frenar jamás su imaginación. Mis dibujantes igual. Terry Temple es mi ilustradora especializada, y Ned Burgess el escritor de «Ciencia-Ficción». Identifíquese con ellos, Calder. Y déme lectores. Lectores, lectores. No pido otra cosa. ¡Lectores siempre!

—Los tendré —prometió Rick— , No hice otra cosa en mí vida. Hacer publicidad y beber, fueron mis ocupaciones habituales.

—¿Beber ha dicho? —se sorprendió Arnold, frunciendo el ceño.

—Sí, pero no se preocupe» Ya no bebo. Me dio demasiados disgustos...

Arnold dijo:

—Tanto mejor. No me gustan los beodos, la verdad.

Rick dijo con seriedad:

—Hace usted bien. Son escoria, lo peor de la Humanidad. Sólo que a veces, uno logra salir de esa basura y volver a ser humano, señor Arnold:

Este se disculpó:

—Perdone, Calder. No quería molestarle.

—No me molestó, señor —una sonrisa asomó a los labios de Rick—, Uno acostumbra a no ofenderse porque se le llame lo que es..., o lo que fue. Forma parte de nuestra curación.

—Ya. ¿Ha venido a Brasil para... olvidar todo eso? —preguntó Arnold.

—En cierto modo, sí.

—Deseo que logre apartar de su mente malos recuerdos, Calder. Ahora, piense exclusivamente en nuestro plan de batalla para lanzar la publicación. Espero sus sugerencias, sus nuevas ideas, la próxima semana. Entonces nos reuniremos todos los miembros del grupo artístico y técnico, para completar los detalles. Y de esa reunión surgirá la idea publicitaria... y la publicación misma. ¿De acuerdo, Calder?

—De acuerdo, señor Arnold.

Aquel fue el principio de las relaciones profesionales entre Rick Calder y Herb H. Arnold. Lo que llegaría después, Rick Calder no podía

siquiera imaginarlo.

Pero no tardó mucho en llegar…

CAPÍTULO II

¿ALUCINACION?

Rick Calder conoció a Ned Burgess y a Terry Temple días después de su primer contacto con Arnold.

Burgess era un hombre alto, enjuto, de pelo oscuro, tez bronceada y ojos muy claros. Sonreía ampliamente, parecía un colosal escéptico hacia todas las cosas, y sus ropas, claras y muy grandes, caían desgarbadamente sobre su alta, ancha y huesuda figura.

Terry Temple no era exactamente la viuda que Rick esperaba conocer. Vestía un blanco traje estampado de color naranja, ceñido a una figura esbelta, de redondeadas caderas, cintura brevísima, busto firme y largas piernas esculturales. Sobre el escote en forma de V, indiscreto y profundo, un óvalo menudo y gracioso, de tez color bronce, exhibía una sonrisa blanca en medio del paréntesis rojo vivo de sus labios. Y encima de la breve nariz, los ojos eran rasgados, verdes y profundos. Tenía un cabello negro azulado, con un peinado exótico, encaramándose muy alto sobre su cabeza.

Rick se preguntó qué edad podía tener su hija, si ella apenas parecía contar veinte. Pero luego supo que tenía veinticuatro, y su hija cinco. Terry se casó a una edad sumamente temprana. Pero eso parecía habitual en Brasil.

—Encantado de conocerle, amigo —dijo Burgess, nada más saludar a Rick—. Haremos cosas grandes en nuestra tarea, ya verá…

Calder, sonrió, divertido por el optimismo del escritor de Arnold. Luego se vio sumergido en un mar de referencias, descripciones fantásticas y temas propios de enfermos mentales, con marcianos, «platillos volantes», extraños invasores y guerras, interplanetarias.

Por fortuna, le sacó de ello Terry Temple, al acudir a saludarle. Arnold

llamó a su escritor y Rick quedó libre de la pesadilla imaginativa de Burgess.

—¿De modo que usted es quien ha de lanzar la nueva publicación de Arnold? —preguntó Terry.

—Algo así. ¿Usted es fa dibujante?

—Sí. Creadora de los fantásticos sueños de Burgess y de las ideas ramplonas del señor Arnold —rió ella divertida—. Me gustaría pintar cuadros, por ejemplo, y abrir un día una exposición en Río. Pero ése es mi anhelo secreto. Esto da dinero y he de hacerlo, me guste o no.

—La verdad, no la imaginaba así —confesó Rick, y se dio cuenta demasiado tarde de que había hablado excesivamente deprisa.

—¿Por qué? —interrogó ella, sorprendida.

—Oh, pues... —rectificó a tiempo—, porque uno no espera que una creadora de monstruos interplanetarios resulte ser una bella dama, todo juventud y gentileza.

—Tampoco se esperaría que el autor de tales horrores fuese como Ned Burgess —respondió Terry, divertida —. Confiese la verdad, señor Calder. Le dijeron que yo soy viuda y que tengo una hija, ¿no es cierto?

—Pues sí, —admitió Rick, con un gesto culpable—. Así es, señorita Temple. Sin embargo, posteriormente he oído que se casó muy joven...

—Tenía solamente dieciocho años —suspiró la muchacha, pensativa, entornando sus centelleantes ojos color esmeralda—. Y Paulo era también muy joven. Paulo era mi marido, señor Calder. Mejoró mi estilo de dibujo, soñando siempre conque yo sería la artista que deseaba ser. El era un gran dibujante. Un accidente de aviación terminó con su vida. Hace ya cuatro años de ello. Por tanto, si me ofrece condolencias, llegará un poco tarde.

—Es una mujer valerosa, ¿eh? De las que afrontan las cosas serenamente.

—Hay que ser así. No se puede vivir de sueños ni de fantasías.

—Cierto. Me agradan las personas como usted. Yo he sido también así..., pero demasiado tarde. Algún día se lo contaré, señorita Temple.

—Estoy segura de que me agradará, sea lo que sea. Si quiere venir por mi casa un día, tomará café y conocerá a mi pequeña.

—Será magnífico —asintió Rick—. Gracias por la invitación. Puede también para que nos pongamos de acuerdo sobre los planes de publicidad a seguir, ¿no cree?

—Por supuesto. Si hemos de hacer caso a Burgess, deberíamos de cargar lo más posible la propaganda de sangre, monstruos horripilantes y mujeres desvestidas, exhibiendo cuanto puedan su anatomía. Pero no creo que sea ésa precisamente la táctica más noble a seguir, en cualquier clase de publicación.

—Supongo que es lo que dará dinero —rió Calder—. Y eso es lo que interesa a Arnold. Nos ha pedido lectores, lectores… y lectores. Los tendrá.

* * *

Como técnico publicitario, Rick Calder tuvo que admitir que en Río también sabían hacer bien las cosas para atraer a la gente.

Por el «bulevar», el gran luminoso, sobre un edificio de más de treinta pisos, centelleaba, atrayendo la atención de las gentes:

«¡Tu hijo te pide juguetes nuevos y maravillosos! ¡Cómprale un «Makro»! ¡«Makro» te ofrece la última palabra en juguetería electrónica! ¡Un prodigio único!»

Contempló sonriendo, los guiños fluorescentes de unos graciosos monigotes diseñados en tubo luminoso, y se dijo que, de ser padre, hubiera picado en tan dorado anzuelo.

Más adelante, volvió a encontrar una alusión a los juguetes «Makro» en una enorme pancarta roja, azul y verde, extendida en un muro lateral de un edificio en construcción, e iluminada por varios potentes reflectores.

Y unas manzanas después, una enorme flecha roja fluorescente señalaba a unos almacenes de iluminados escaparates, con el mágico nombre parpadeando en todos los colores del iris. Naturalmente, se dedicaban en exclusiva a la juguetería…

Estaba citado para cenar con los McDonald, después de la reunión con Arnold y sus creadores literarios y artísticos. Acudió a su casa, para reunirse con ellos. Se sentía realmente satisfecho de la marcha de sus asuntos en Río. Y agradecía al doctor Warren y Wally sus sugerencias para el cambio temporal de residencia.

Los McDonald le recibieron con sus mejores galas. Wally iba de etiqueta, y Stella con un traje de noche azul cobalto, realmente maravilloso. La cena estaba servida en la terraza, que asomaba a la bahía, prodigiosa de luz, en la noche única de Río.

También su hijo Jimmy estaba levantado, y acababa de cenar, para irse a dormir. Era deliciosamente rubio y gordezuelo. Besó la mejilla de Rick, cuando éste le tomó entre sus brazos, y dijo con su graciosa media lengua:

—Buenas noches, Rick. Me voy a acostar, ¿sabes? Y dormiré con «Sappy».

—¿«Sappy»? ¿Quién es «Sappy»? ¿Tu gatito?

—Oh, no, Rick, no seas tonto — Jimmy agitó sus manitas graciosamente en el aire—. Yo no tengo gatos. «Sappy» es mi hermanito. Un hermanito muy guapo, ¿sabes? Voy a enseñártelo...

Jimmy se alejó corriendo, para regresar poco después, con un gracioso objeto entre los deditos gordezuelos. Era un muñequito de gracioso aspecto, de gordinflón rostro radiante, como un querubín. Tenía ojos brillantes, en vidrio, de un vivo color ámbar. El material parecía plástico o goma flexible.

—¡Mira! —voceó alegremente, agitándole ante sus ojos—, i Este es «Sappy»! ¿Te gusta?

Rick lo contempló, divertido. Tomó el muñeco en sus manos y asintió.

—Claro —dijo, pasando sus dedos sobre la cabeza redonda del muñequito y sobre el resorte giratorio de la cuerda, en su costado. Se lo devolvió a Jimmy, con aire de gran admiración—. Tienes un «Sappy» precioso. Ten, lleva a tu hermanito, y cuida de él. Buenas noches, Jimmy.

Besó al pequeño, y éste se alejó a la carrera/ abrazando contra sí al muñeco. Riendo todavía, Rick se dirigió al encuentro de Wally y de Stella, en la terraza del edificio.

—Vuestro hijo es encantador —dijo Calder.

—¿No has pensado tú nunca en tener hijos, Rick? —preguntó Stella…

—No. Para eso necesito casarme primero —sombrío, Calder inclinó la cabeza —. Tú sabes que no puedo hacerlo.

—¿Por qué no? —saltó Wally—. Debes olvidar y rehacer tu vida. El amor puede ayudarte mucho y debes intentarlo.

—No, Wally. Eso es imposible ya. Cuando... cuando lo de Berthie, todo se acabó para mí en ese terreno.

— ¡Tonterías! —saltó Stella—. Algún día cambiarás de modo de pensar, y descubrirás que la vida tiene sus alicientes. Entonces, otra mujer te hará olvidar lo que ya no tiene remedio...

—Es posible. Pero ese momento no ha llegado aún. Ni espero que llegue jamás.

Wally y Stella se miraron. Sabían que era un tema «tabú» para Rick. A pesar de ello, habían intentado ayudarle. No era fácil, con el fondo de amargura que Calder llevaba consigo. Y, como habían sospechado, no servía absolutamente de nada. Rick siempre desechaba toda oferta de esperanza, de nueva vida, de una ilusión que supliese a la perdida, cuando Berthie se le fue para siempre.

Después de la cena, los McDonald conectaron el televisor. El programa era insípido, como lo es siempre en las pantallas pequeñas. El locutor que apareció a continuación, saludó a los teleespectadores, y comenzó a referir las noticias del día.

Se puso particularmente serio cuando se refirió a una noticia final:

—... Y, para concluir nuestro boletín nocturno, una noticia de la agencia Z., fechada hoy, señala que las fotografías obtenidas por el reportero de un diario de Sao Paulo, en las que aparecen algunas imágenes de «platillos volantes», han sido consideradas apócrifas por el Departamento de Aeronáutica e Investigación del Espacio. No se pudo probar categóricamente que los negativos estuvieran trucados, pero es evidente que el fotógrafo utilizó algún procedimiento especial para registrar la placa. Todas las historias sobre supuestas apariciones de objetos no identificados sobre el cielo terrestre, procedentes de otros mundos, carecen de sentido y no pueden ser tomadas en serio por persona alguna responsable. Sobre este mismo tema, destacamos el relato que un campesino de Belo Horizonte, hizo en estado de viva

excitación a las autoridades de esa ciudad brasileña, sobre la hipotética presencia de uno de esos «platillos» imaginados por la fantasía humana, cerca de Ouro Preto. Incluso llegó a referir que vio abrirse una puerta o escotilla en la superficie del metálico «plato volador», pero antes de ver aparecer a ser viviente alguno, poseído de un vivísimo terror se alejó a la carrera. Antes de llegar muy lejos, siempre según el relato de este hombre, sintió que algo muy frío paralizaba sus piernas, posteriormente sus brazos, y ascendiendo por su cuerpo, lograba inmovilizar sus ideas y reacciones, derribándole inconsciente. Al volver en sí, huyó de nuevo hacia la ciudad, sin volver una sola vez la vista atrás. El extraño golpe frío no se repitió…

La faz del locutor de la televisión reflejó claramente su ironía y escepticismo, al añadir, con una sonrisa significativa, cara a las cámaras:

—Como era de preveer, señores, las autoridades se encaminaron al punto referido sin encontrar el menor rastro del vehículo espacial, ni huellas en tierra de que nada semejante se hubiera posado, a pesar de ser terreno blando, donde hubiera quedado el rastro de tal aterrizaje. El campesino ha sido internado en una clínica psiquiátrica, para su examen mental. Eso nos ahorra cualquier comentario. Y ahora, señores, cerramos nuestro boletín con…

Stella cerró el aparato, pensativa. Miró a Wally y a Rick, y comentó:

—No sé por qué la gente no cree en esas cosas.

—Porque son una patraña absurda, querida —bostezó Wally—. Son historias para no dormir…

—Deja, pues, que tu mujer sueñe con ellas —Rick se incorporó—. No creo que haga daño a nadie por eso, ¿no te parece? Los cuentos no perjudican a los niños.

—¡Oh, los dos sois odiosos, cuando os ponéis así! — protestó ella con viveza. Luego, se suavizó algo al acercarse

Calder para despedirse de ella—. Buenas noches, Rick. Espero que hayas pasado una velada agradable, después de todo.

—Claro, Stella. Una magnífica velada, tenlo por seguro. Besos a «Bucles de oro».

—¿Eh?

—Quiero decir a Jimmy —rió Calder—, Es tan rubio, que me ha sugerido ese nombre.

—Adiós, Rick —le despidió Wally, acompañándole a la puerta—. ¿Vas a dormir ya?

Rick asintió:

—Claro, Es tarde. Antes daré unas vueltas en la cama, buscando ideas para la bazofia de Arnold. A lo mejor encuentro algo bueno...

—Estoy convencido de que sí. Eres un buen técnico publicitario, Rick. Suerte, muchacho.

Abandonó el moderno, suntuoso edificio de la Plaza de París. El no podía vivir en un sitio así todavía. Su apartamento estaba en los bulevares céntricos de Río, pero era solamente de nivel modesto, digno y sin lujos.

La noche brasileña era vivaz, cálida y llena de bullicio. Se encaminó a píe hacía su alojamiento, respirando el aire ardiente del Atlántico Sur, bajo Capricornio.

Cuando llegaba a la manzana de edificios donde se hallaba su apartamento, un taxi se detuvo en el bordillo de la acera. Un hombre descendió, pagando al chofer. Llevaba consigo un envoltorio, algo que parecía una caja, con brillante papel, repleto de motivos infantiles, y ligado con cordón rojo. Parecía un regalo.

Rick se fijó en él de un modo casual En el paquete y en e! rostro negro, achocolatado del individuo, cuando involuntariamente, el hombre chocó con él, en sus prisas por salir del vehículo.

Volvióse a Rick vivamente, tras el choque, y una blanca sonrisa de disculpa iluminó el rostro bondadoso del brasileño de color.

—Perdone —dijo, en brasileño—. Tengo prisa, y no le había visto.

—Claro —respondió Rick. No tiene importancia.

El negrito se excusó nuevamente, y pasó por delante de Calder, introduciéndose en un pasaje que discurría entre el edificio de apartamentos y el vecino, bastante oscuro y estrecho.

Rick lo olvidó totalmente, y se aproximó a la puerta de su vivienda. No hubiera vuelto a recordarle, de no oír ruido de lucha en la calleja,

y percibir algo así como un jadeo ahogado, una imprecación… y luego el sonido de un cuerpo cayendo a tierra pesadamente. Después, cuando ya Calder se lanzaba a la carrera hacia allí, le llegó una especie de estertor, que se apagó rápidamente.

Aceleró sus largos, elásticos pasos, lanzándose como una flecha a la oscuridad del pasaje. Seguramente el negro había sufrido un ataque por parte de algún malhechor. Tal vez llegase aún a tiempo.

Penetró como un torbellino en la oscura zona entre los dos altos edificios, y se pegó cautamente a la pared, tratando de otear la sombra, antes de que alguien le atacase, protegido por las tinieblas.

Sin embargo, no sucedió nada. No escuchó ruido alguno, ni señales de presencia de ningún ser humano. Al rumor percibido poco antes, había seguido un total, absoluto silencio.

Se atrevió a encender un fósforo, e iluminó con él la calleja. La incierta luz osciló, haciendo danzar tas sombras de los muros. Había cubos de basura, una boca de incendios, un gato que se alejaba, con el pelo erizado, y los ojos fulgurantes, como si hubiera visto al diablo. Bufó largamente, antes de desaparecer en una ventana baja.

Ni rastro del negro. Y el callejón no tenía salida al fondo.

Un muro posterior de otro edificio, lo bloqueaba totalmente, ¿Adónde podía haber ido el negrito?

Examinó uno a uno los portales. Todos estaban cerrados. Las ventanas ofrecían enrejado metálico. Difícil desaparecer allí. Pero sin embargo, así había sido.

Su pie tropezó con algo, y fe descargó una patada, creyendo que sería basura. Un objeto rodó, hasta caer por el bordillo, a la calzada. Miró hacia el suelo, cuando su pie se enredó en otra cosa. Esta vez, lo observó con calma. Era una caja de cartón desgarrada, y un papel de brillantes motivos infantiles, mirándolo perplejo. La caja estaba vacía. Era la que había llevado el brasileño de color, al entrar en la calleja. Pero ahora ya no tenía la cuidadosa envoltura y el cordón bien atado. Parecía como si la zarpa de un tigre hubiera pasado por ello, destrozándolo.

Recordó entonces que había golpeado algo con el pie. Se volvió, acercándose al bordillo de la acera.

No era basura, sino un objeto propio de aquel envoltorio. Un juguete

infantil. Un muñeco graciosamente fabricado, que le contemplaba, caído en tierra, boca arriba, con su inanimada cara redonda y sus vidriosos ojos color ámbar.

Sorprendido, miró de nuevo en derredor, sus ojos escudriñaron toda la calle, mientras se inclinaba a recoger el muñeco.

No había ni rastro del dueño de aquel juguete. Había desaparecido sin dejar la menor señal de su paso...

CAPÍTULO III

¿QUE SUCEDE?

El primer día de trabajo con Arnold, fue rutinario. Las ideas de Rick, sobre temas de «anticipación», tenían que ser forzosamente similares a las que se le ocurrirían para lanzar una nueva marca de pescados en lata, por ejemplo.

Sólo variaba la mercancía a lanzar. Y lo importante era lanzarla bien. Arnold no regateaba gastos para ello.

Bajo sus indicaciones Terry Temple hizo unas sugestivas ilustraciones, llenas de fantasía, imaginación y espectacularidad. Burgess leyó algunos de los reportajes y crónicas preparadas, y con algunos fragmentos de ellos, se dispuso una serie de hábiles guiones para radio y televisión.

Por último, cuando Herb H. Arnold se mostró satisfecho de la marcha del asunto, Rick se pasó una mano por los cabellos revueltos, suspirando fatigado.

—¿Quieren creer que estoy harto de ver marcianos y monstruos de Saturno por todas partes? —declaró con sarcasmo.

—Ya se irá habituando a todo ello —rió Burgess, guardando sus folios mecanográficos en una cartera de mano. Eso nos ocurrió a todos al principio, Calder.

—Por supuesto —Terry estaba retocando, con aire crítico, las bonitas piernas de una viajera del espacio, presentada sobre un fondo de

vegetaciones y monstruos extra terrestres. Al parecer, según Arnold, tenían más importancia las formas femeninas que el ambiente, en una portada que quisiera ser comercial, y tal vez fuera cierto. La joven artista declaró, tras añadir caprichosamente un nuevo tentáculo, a una especie de pulpo humano que corría hacia la dama de piernas bonitas —: Es posible que las primeras noches, sueñe incluso con criaturas así de horripilantes. Pero a la larga, acabará por considerarlos auténticos camaradas y compañeros de trabajo.

Ned Burgess, se aproximó a Rick dándole una fuerte palmada en las espaldas.

—¿Qué amigo? ¿Se viene conmigo? Tengo abajo el coche, y puedo llevarle adonde quiera…

—No, gracias, Burgess. Me gusta más pasear. Es la forma más directa de conocer los lugares que uno habita.

—Diablo, eso es cierto —confesó el escritor, como si acabaran de descubrirle una gran verdad ignorada —. ¿Sabe qué haremos? Yo vivo en un sitio que le gustará. Y desde allí, paseando, puede recorrer los lugares más hermosos de la ciudad, hasta regresar al centro. ¿Quiere acompañarme?

—Bueno, eso ya es más convincente —sonrió Rick—. Vamos, Burgess.

—Al mismo tiempo, le presentaré a mi familia, y tomará posesión de mi casa. Me gusta tener amigos, Calder, y usted me parece un buen chico.

—Son todos muy amables —dijo Rick gravemente, mirándoles a ambos. Sentía lo que decía; tanto Terry Temple como Burgess, estaban haciendo muy grata su estancia en Río. Le ayudaban de corazón, y eso siempre era alentador para un hombre en su estado. Para un hombre que empezaba a vivir de nuevo,.. Añadió roncamente-»: Gracias a los dos, Ned.

—Eh, ahora no se eche a llorar —rió Ned, divertido. Destrozaría el sensible corazón de la señorita Temple.

Todos rieron, animados por el contagioso humor de Burgess. Luego, abandonaron las oficinas de Arnold, y Terry declinó con una sonrisa el ofrecimiento de Ned. Tenía que hacer algunas gestiones y no podía ir con elfos en el coche del escritor.

Mientras la muchacha se alejaba, con un gracioso y elástico andar que

realzaba la esbeltez de su gentil figura, Burgess suspiró, sentándose al volante.

—Es la viuda más bonita de Río —confesó risueño—. Sólo que también es la más esquiva, en cuanto uno trata de cruzar la divisoria de la buena amistad... Si no fuera porque he nacido para ser un solieron empedernido, me casaría con ella. Siempre que me aceptara, claro está.

Rick sonrió, sentado junto al escritor. El coche arrancó, con marcha moderada, descendiendo por los amplios «bulevares» de la capital, hacia su parte residencial. Pasaron ante los modernos, verticales edificios de la estación de los Ferrocarriles del Brasil y el que fuera Ministerio de la Guerra hasta el traslado de la capital Federal a Brasilia.

Mientras manejaba el volante con una sola maño, la zurda de Burgess extrajo de una bolsa de la portezuela un frasco- petaca de whisky, que descorchó con los dientes. Invitó a Rick.

—Tome, eche un trago, amigo.

—No, gracias —denegó Rick secamente, estirándose todos los músculos de su cara, al ver de reojo la botella de licor—. Nunca tomo esas cosas si puedo evitarlo.

—¿Eh? —Ned le miró sorprendido, mientras viraba hacia la derecha, por un amplio «bulevar» bordeado de jardines—. ¿Quiere decir que no bebe?

—Eso es.

—¿Un yanqui que no toma alcohol? ¡Demonio, eso no es posible!

—Vaya si lo es. Yo no bebo.

—¿Por qué? —echó un largo trago, volviendo a taponar el frasco, y hundiéndolo en el bolsillo de su americana de blanco hilo—. Combate igual el frío que el calor. Es bueno beber un poco, Calder. Como en todo, lo malo es abusar.

—Ahí esta precisamente —replicó Rick, lento—. Yo abusé una vez. No supe parar a tiempo, ¿comprende?

Burgess le miró de soslayo, sorprendido. Captó fa luz extraña en los ojos de Rick, su gesto endurecido. Y comprendió. Asintió con la

cabeza perplejo.

—¿Quiere decir… que era un alcohólico o cosa parecida? —farfulló, vacilante.

—Era un alcohólico. Nada de cosa parecida, Burgess, sino un beodo incorregible. Pero eso quedó atrás. Me curé, y soy un ser normal. He empezado a vivir de nuevo. Me gustaría que esto no saliera de nosotros dos. Es mejor así, ¿no le parece?

—Por supuesto —afirmó el escritor gravemente. Le sonrió, con simpatía—, Gracias por confiar en mí, Rick. Usted y yo seremos buenos amigos, ya lo verá…

En aquel momento, pasaban frente a unos grandes escaparates sobre los cuales empezaban a parpadear las letras luminosas de un gigantesco rótulo en fluorescente multicolor, con las primeras sombras azuladas de un tenue atardecer:

«Makro. Juguetería»

—¡Eh, ahora que lo veo! —Burgess frenó el coche, ceñudo ante el bazar de gran anuncio y escaparates cuajados de juguetería—. Si no llegamos a venir por aquí, lo olvido.

—¿Olvida el qué? —interrogó Calder, sorprendido.

—El juguete. Pasado mañana, es día de regalos para los niños. Una tradición brasileña, Rick. Tengo un sobrinito que no perdonaría el olvido. Voy a comprar en «Makro». Es la mejor juguetería de la ciudad. ¿Le importa esta detención?

—En absoluto.

—Estaremos poco tiempo, de todos modos. ¿Me acompaña a hacer esa compra?

Rick asintió, siguiendo a Burgess hasta la juguetería. Era un bazar gigantesco, a la usanza de los grandes almacenes de Nueva York o Chicago, con la mejor calidad y modernidad en toda clase de juguetes.

Sin embargo, toda la nutrida clientela de «Makro» parecía congregarse en una determinada sección, y hacia allá fueron también Rick y

Burgess, atraídos por la multitud.

Rick leyó el indicador que centelleaba, sobre los mostradores repletos de clientes: «Juguetes electrónicos. Ultimas novedades, ¡Sensacional!».

Evidentemente, «Makro» seguía en todo momento fiel a su gran publicidad al estilo norteamericano. Y por lo visto, daba resultado.

Lograron irse mezclando con el personal, hasta alcanzar el mostrador o vitrinas donde se exponían los juguetes. En el acto, las miradas de él y de Burgess se fijaron en un mismo juguete, el que atraía todas las miradas.

Había allí centenares repetidos del mismo. Un rótulo indicaba: «SAPPY, EL MUÑECO PRODIGIOSO». Y era «Sappy» el gracioso muñeco del hijo de Wally. Pero también era el mismo que viera la noche antes, caído en un callejón, tras la agresión y desaparición del hombre que lo llevaba.

El sonrosado, risueño muñeco de ojos ambarinos y sonrisa alegre, que la magia de un sistema de cuerda electrónico hacía caminar, moverse, saltar y gesticular, como si realmente estuviera hecho de carne. Los ejemplares del bello juguete desaparecían por momentos, arrebatados por los entusiasmados compradores.

—¡Ese es mi juguete! —estalló Ned con júbilo—. ¡A Sergio le entusiasmará!

Rick no contestó. Con la vista fija en el muñeco centuplicado ante sus ojos, evocaba lo sucedido la noche anterior. Recordó que tenía uno igual en su propio apartamento, el muñeco perdido por el hombre que desapareció sin dejar rastro. Algo que casi había olvidado, y que ahora volvía a su recuerdo.

—Señor, ¿es que desea algún «Sappy» usted también? —sonrió una empleada morena, de profunda mirada, a tono con su escote—. Es un muñeco muy gracioso. Mire cómo es capaz de moverse igual que una persona., solamente con pulsar su resorte electrónico y…

Lo comprobó, ciertamente. Solamente con un giro de su botón lateral, «Sappy», como dijera la empleada, comenzó a caminar por encima del mostrador, igual que si fuera de carne y hueso. A Rick le hizo sonreír el aire gracioso de «Sappy», denegó con la cabeza a la empleada, tras una nueva mirada hacia el muñeco, y se alejó tras de Burgess, que ya llevaba triunfalmente su caja envuelta en brillante papel multicolor y cinta de celofán.

Rick se quedó rígido por un momento. Aquella caja, aquel envoltorio... ¡Todo era tan igual a lo del pasaje en sombras de la noche antes! Respiró con fuerza, dominando su inquietud. Miró en torno. Sin duda el pobre negro agredido había comprado también en «Makro» el juguetito de moda para un niño que jamás lo recibió.

Poco se figuraría el hombre, en la brillante y esplendorosa tienda de juguetes, que le amenazaba un peligro en el exterior. Nada más lejos de algo siniestro, que aquel ambiente alegre, infantil, luminoso y moderno.

Su mirada se cruzó con la de la empleada, de hermosura carioca y agresivas líneas. Todavía le estaba contemplando ella, con una fijeza halagadora para cualquier hombre. A pesar de ello, a Rick no le gustó su intensidad, y apartó los ojos, molesto.

Cuando, desde la salida del bazar, volvió a mirar hacia atrás, la empleada ya atendía a otros clientes, como si él no existiera. Pensó que una mujer así era capaz de hacerle olvidar a uno incluso los horrores del alcohol, que había sido un tonto en sentirse irritado porque le mirase.

Regresaron al coche. Ned iba silbando una «samba», realmente alegre. Tiró el envoltorio en el compartimento de atrás, y confesó, reincorporándose al volante:

—Es un buen regalo, Rick. Mi sobrinito, Sergio, se volverá loco de alegría al verlo...

— Sí, es un juguete magnífico —aprobó Calder, ceñudo—. He visto otros iguales... Al parecer, tiene mucha difusión ahora.

—Yo, ha sido el primero que veo —confesó el escritor, haciendo arrancar el coche. Añadió, con la vista fija en la calle—: ¿Pero sabe una cosa? Es un juguete que me ha impresionado. Por un momento, me ha producido la impresión de que era un ser humano pequeñísimo, pero lleno de vida, el que caminaba sobre el mostrador. Absurdo, ¿eh?

Lanzó una carcajada, y viró, en busca de la zopa residencial de Río.

Calder, con una mirada instintiva a la caja envuelta en policromado celofán, no pudo evitar un estremecimiento...

* * *

Era una bella residencia, rodeada de una cerca que, á su vez, servía de límite a unos verdes, lujuriosos jardines.

Ned Burgess encerró el coche en un garaje anexo a la vivienda, y llamó al timbre, indicando a Rick:

—¿Quiere cenar con nosotros, Calder? Nos sentiríamos muy halagados si..,

—No, no, gracias —sonrió Rick, denegando—. Tengo que cenar con unos amigos, los McDonald. Sé que no les gustaría que faltase. Otra noche será, Ned...

Burgess aceptó la negativa, pero insistió:

—Sin embargo, sí tomará una cerveza conmigo. Tengo una, especialmente adquirida, que espero le guste...

—Está bien. Pero sólo un momento. Se ha hecho ya algo tarde...

Abrió la puerta una mujer de unos cuarenta años, y cabello cuidadosamente teñido en color ceniza, que disimulaba sus incipientes canas. Se parecía en forma notable a Ned, y la presentación de éste lo justificó:

—Rick, ésta es mi hermana Melissa, la madre de Sergio. Melissa, te presento a mi nuevo compañero Rick Calder, el hombre que da ideas publicitarias a Arnold,..

La mujer resultó afable y cordial, copio Ned. Entró Calder en la casa, y comprobó que Ned vivía confortablemente. Sergio era un muchacho morenito y risueño. Pero apenas sí le hizo caso, obsesionado con un programa de televisión.

—Adiós, Sergio, hasta otro día —se despidió Rick. Pero en vano, porque el muchacho no despegaba los ojos del receptor. Encogióse de hombros—. Bueno, no hay forma de sacarle de ahí, Ned. La televisión es un narcótico para los niños, es evidente.

Asintió Ned, contemplando él mismo la pantalla electrónica. La voz del locutor anunciaba la desaparición del presidente de los Estados Federales de Centroeuropa, doctor Hans Wolbritch, de su domicilio en Frankfort. Salían imágenes rápidas de la vivienda campestre, de la esposa e hijos del desaparecido, de sus habitaciones, del jardín de

recreo, la piscina y el garaje, con el coche allí, que aumentaba el misterio de su desaparición.

Rick suspiro. Los grandes políticos siempre corrían riesgos así, pensó, alejándose con Ned hacia la salida.

Se despidieron ambos, y Calder se alejó, hasta regresar a los iluminados «bulevares», inmediatos a la alameda o paseo arbolado. Como planeaba, regresó caminando, por las amplias aceras cuajadas de luz, de vida y de agitación ciudadana.

Una de las veces se detuvo ante el iluminado escaparate de un establecimiento, impelido por una rara sensación interior. La de que en los últimos instantes, en casa de Burgess, había visto u oído algo fuera de lo corriente, algo que había inquietado a su subconsciente, sin advertirlo él mismo, y que ahora pugnaba por salir, por ser captado por su conciencia.

Sin embargo, no lo logró. Fuera lo que fuese aquello, escapaba a su recuerdo, no lograba ser retenido en la mente, y se perdió de nuevo en las brumas de la subconsciencia.

—Cuando llegó a la casa de los McDonald, todavía no había logrado recordarlo, ni siquiera volvió a pensar en ello más.

Porque, además, allí le aguardaba una tremenda noticia, que sacudió su ser de forma violenta, haciéndole olvidar todo lo demás.

La primera sensación de que algo anómalo sucedía se la dio la presencia de dos coches de la policía brasileña, detenidos ante la puerta de la casa. Cuando apresuró el paso, tratando de entrar en el edificio, un agente le retuvo, con modales correctos pero firmes.

—Disculpe, señor —le dijeron en portugués—. No puede entrar. ¿Adónde se dirige?

Rick miró con sorpresa al policía. Luego declaró:

—Soy Rick Calder, ciudadano norteamericano, y amigo de la familia McDonald. Vengo a ver a mis amigos. ¿Ocurre algo, agente?

El policía no respondió directamente a eso. Por el contrario» le hizo señas de que permaneciera allí, y avisó a otro agente, repitiéndole lo que dijera Rick. El segundo policía desapareció en el interior de la casa, ante la creciente inquietud de Rick. Cuando reapareció, cosa de un minuto después, informó en portugués:

—Dice el comisario que puede subir, señor Calder.

—¿Comisario? —Rick enarcó las cejas, alarmado—. Pero ¿qué es lo que sucede, por Dios?

—Algo penosísimo y terrible, señor... El hijo del señor McDonald ha desaparecido.

CAPÍTULO IV

FACTOR COMÚN

¡Pero Wally, por amor de Dios! ¿Cómo ha podido suceder eso? ¿Cómo fue posible?

La pregunta de Rick era casi un grito, Wallace le miró con aire desolado, desde el fondo de aquel rostro desencajado y lívido, que apenas sí era reconocible. En la alcoba del fondo eran audibles los sollozos de la señora McDonald, de la infortunada Stella, que pasaba por el peor trance que puede sufrir una madre.

Wallace lanzó un gesto de desesperación,

—Rick, no lo sabemos... —musitó roncamente—. Nadie lo sabe... Ni Stella, ni yo, ni los vecinos... La policía tampoco se lo explica...

Una voz intervino, a espaldas de Rick. Era el comisario Moreira.

—Permítame que le diga, señor Calder, que solamente cabe una explicación. Mientras el señor Wallace McDonald trabajaba, la señora McDonald abrió la puerta a un empleado de la Compañía de electricidad que venía a revisar la instalación, como se hace con cierta frecuencia. La señora McDonald no dudó de la identidad del funcionario, y le dejó solo mientras ella continuaba las tareas domésticas. Es evidente que el niño salió de su cuarto de juegos, para curiosear. Cuando el empleado se despidió, la señora McDonald no salió a cerrarle la puerta, que oyó cerrar tras él. Pero ; cuando buscó a su hijo, no lo encontró en modo alguno. La puerta había quedado bien cerrada, porque tiene pestillo de los que se encajan de golpe, y un niño de la edad de Jimmy McDonald sería incapaz de abrirlo por sí

mismo, ya que es preciso girar un resorte para ello.

—Por tanto, sospechan que el auténtico o supuesto funcionario de electricidad es el raptor —concluyó Rick, contemplando la faz inteligente y enjuta del pequeño y moreno comisario de la policía carioca.

—Es la teoría más plausible. ¿O usted tiene alguna mejor, que pueda orientarnos?

—No, claro que no. Aún desconozco Río. Ignoro sus costumbres, no puedo hacerme una idea de cómo sucedió esto, ni siquiera si es frecuente que en la ciudad...

—No es frecuente, señor —cortó suavemente el policía—. Aquí no abundan los raptos ni cosas por el estilo. Es un caso francamente extraño el del niño McDonald... y no descansaremos hasta ponerlo en claro.

—¡Jimmy tiene que aparecer! —gritó Wally, con tono descompuesto —. ¡Esto no es posible, no puede sucederme una cosa así!

—Calma, Wally —recomendó Rick, dominando su propia emoción—. «Bucles de Oro» aparecerá. Tiene que aparecer, esté dónde esté...

—Naturalmente que aparecerá —el policía cambió una rápida mirada con Calder, como agradeciéndole el cable que echaba en su ayuda—. Confíe en todos nosotros y en ese

ángel que parece velar por tocios los niños, señor McDonald...

Wally se incorporó asintiendo con la cabeza, de una forma vaga. Se había incorporado lentamente y cruzó la sala, abstraído. Cuando llegó a la puerta del fondo la abrió. Y miró su interior, con desesperanza, con intenso dolor.

—Mira, Rick —jadeó—. Ese era su cuarto..., sus juguetes, sus cosas...

—Son sus cosas, es su cuarto, Wally —rectificó con aspereza Rick—. No pienses cosas horribles, Jimmy está bien, casi podría jurarlo. Y no me preguntes por qué, pero uno tiene a veces esas corazonadas...

—Yo no. Yo no espero nada, ni confío en nada —se apoyó en el quicio de la puerta—. ¡Dios mío! ¿Por qué tuvo que salir de aquí, por qué tuvo que ir al encuentro de un desconocido y dejarse engañar por él...?

—Todavía no sabemos siquiera si fue eso lo que sucedió, Wally. Esperemos aún… —Calder miró al interior de la estancia contigua. Vio la camita, el armario decorado con figurillas infantiles policromadas, los juguetes habituales en cualquier niño: balones, arquitecturas, proyectiles espaciales, rompecabezas, muñecos…

La cara gordinflona, risueña, de «Sappy» le sonreía desde encima de un pupitre esmaltado de azul, con sus ojos cristalinos de color ámbar fijos en él. Inanimado, indiferente al drama, como cualquier juguete…

Rick cerró lentamente la puerta, apartando de ella a Wally, que se dejó llevar como un pelele. De súbito, Calder se creyó obligado a abrir de nuevo aquella puerta. Miró hacia el interior de la salita de recreo infantil.

De repente, había recordado dos cosas, Aisladas ambas entre sí, aisladas también de Wally y de su hijo. Pero con un factor común en todas ellas. Un mismo elemento igual, como nexo sorprendente e inexplicable en tres casos distintos, de idéntico final.

Primero, un negro desaparecido misteriosamente en una calleja…, dejando en tierra un muñeco. Un «Sappy» sonriente y gracioso, como única huella de su paso.

Después, un importante político centroeuropeo, un líder enigmáticamente eclipsado, sin dejar huellas… Pero ahora, Rick recordaba aquel «algo» que le había atormentado al abandonar la casa de Ned Burgess. Había sido en la televisión, en el reportaje filmado de la casa del prohombre… Un cuarto infantil… ¡con un «Sappy» olvidado encima de un mueble!

Y ahora Jimmy McDonald, «Bucles de Oro», al parecer secuestrado…, ¡pero también con uno de aquellos muñecos en su alcoba, como sorprendente y absurdo nexo con otras dos desapariciones tan diametralmente opuestas!

Contempló al muñeco, como si éste pudiera revelarle el misterio. Pero, naturalmente, «Sappy» podía ser un prodigioso juguete, más no un milagro parlante. Cerró de nuevo tras de sí, aún con la faz ensombrecida por sus reflexiones. Reflexiones que no podía comunicar a nadie, porque ni siquiera él sabía lo que podían significar. Había miles y miles de aquellos muñecos en Brasil, quizás otros muchos miles más dispersos por el mundo, ya que era un juguete de moda. Todo podía ser casual. Nadie anda raptando gente por el mundo, sólo porque tengan determinado juguete. Si hablaba de eso a Moreira o a

cualquier otro, incluso a Wally, le mirarían como si estuviera loco... o, lo que era peor, como si hubiese vuelto a la bebida.

Se despidió de McDonald, prometiendo volver más tarde para informarse del curso de los acontecimientos, y asegurándole que también él indagaría por su parte. Evidentemente, sus palabras no dieron el menor aliento a Wally.

Rick bajó las escaleras con la boca contraída en un doloroso rictus. Si alguien había hecho daño a Jimmy, no descansaría hasta dar con él y destrozarle entre sus propias manos, antes de que la policía le diese caza.

Cuando pisó de nuevo la calle, los diarios de la noche se vendían en los puestos de prensa. Adquirió uno y leyó los titulares. Dedicaban gran parte de la información a la desaparición en Europa del doctor Wolbritch. Otras noticias más catastróficas, como los sabotajes en las bases de proyectiles espaciales de Cabo Cañaveral y del desierto de Arizona, el hundimiento del trasatlántico atómico «Universal» a la altura de las Azores, y la explosión accidental de una bomba de hidrógeno en experimentación sobre su torre de lanzamiento en el Sahara, provocando miles de muertos, venían en caracteres más reducidos.

Rick, sin embargo, centró su atención en una noticia aparentemente vulgar, que ocupaba una columna de última página, con titular muy reducto:

«Ola de desapariciones en La Habana y en Montevideo. Se atribuyen a cuestiones políticas no salidas a la luz pública.»

Los ojos de Calder se entornaron. ¿Sería realmente eso... o había un nexo invisible con las desapariciones de Río de Janeiro, de Europa Central y de otros lugares?

Calder estaba seguro de que había «algo». Algo que ni él ni los demás entendían. Algo extraño, inexplicable..., pero que existía. Que era real...

Tomó un taxi, dirigiéndose a su residencia. Sin saber por qué, la esplendorosa noche de Río de Janeiro le parecía ahora mucho menos sugestiva y bella que antes. Se fijaba más en las tinieblas que adivinaba más allá de los torrentes de luz y color de luminosos escaparates y ventanas abiertas a la noche en los altos, blancos edificios de la gran ciudad.

Las tinieblas que parecían haber engullido al hijo de Wally inexplicablemente. ¿Qué misteriosa ola de delincuencia internacional era aquélla? ¿De dónde venía y cuál era su objeto?

Se sintió más calmado cuando entró en su alcoba y cerró la puerta. Era como si él mismo fuera huyendo de esa oscuridad, como si mil ojos en la noche le acecharan allí fuera.

Se encaminó a la ventana. Casi tuvo la pueril ocurrencia de cerrarla, para aislarse del exterior. Pero era una tontería, y hacía además excesivo calor. Su inexplicable temor tampoco estaba justificado, se dijo.

Acercóse al lecho. Un trallazo de sobresalto le detuvo en seco. Clavó los ojos en la colcha blanca, estampada, a la altura de la almohada. Se encontró con la sonrisa inamovible de «Sappy». Con sus ojos de ámbar fijos en él, desde su faz redonda y alegre.

Le había olvidado casi, de ahí su sobresalto. Sólo que él lo dejó sobre una butaca al salir por la mañana. Sin duda la mujer de la limpieza de los apartamentos, juzgó que adornaba más sobre la cama.

Rió huecamente, tachándose de necio por asustarse de algo tan ridículo como un simple muñeco. Lo aferró con una mano, oprimiéndolo de tal forma que hundía los dedos en su cuerpo blando, de goma o espuma, deformándole.

—Amigo«Sappy», pareces ser un augurio de la mala suerte — le espetó, ceñudo—. Todo el que te compra sufre calamidades. Debería tirarte ahora mismo por esa ventana, pero lo cierto es que Rick Calder jamás fue supersticioso. Te dejaré aquí. Estoy convencido de que yo no tendré por ello peor suerte de la que tuve siempre…

Lo tiró descuidadamente a un rincón, y se sentó en la cama, tras tirar hacía abajo de los cobertores. Empezó a desabrochar su camisa. Entre aquel calor insoportable y lo ocurrido en casa de los McDonald, se le había quitado totalmente el apetito. No cenaría.

Encendió un cigarrillo y se puso a reflexionar sobre la suerte posible de Jimmy, tendido en el lecho.

Sin saber por qué, estiró la mano y marcó un número en el teléfono. Tomó el receptor e inquirió:

—¿La señorita Temple, Terry Temple?

—Sí, yo soy —respondió la voz de la muchacha—. Esa voz... ¿Usted es Rick Calder?

—El mismo. Le sorprenderá que fa llame a estas horas, ¿no es cierto?

—Oh, no. No es tan tarde como todo eso —rió ella—. ¿Qué es lo que quiere?

—Me gustaría hablar con usted, señorita Temple.

—Bien. Ya lo está haciendo,

—No, no. Me refiero con mayor amplitud. Tener una charla.

—¿Ahora mismo?

—Pues... no necesariamente, claro —balbuceó Rick—. Pero tengo entendido que mañana no va usted por la editorial de Arnold y...

—Cierto, no voy. Tengo mucho trabajo en casa, reparando las ilustraciones publicitarias y los bocetos para las primeras portadas de la edición. Pero eso tiene arreglo, Calder. ¿Qué le parece si viene a comer, con Ana y conmigo? Soy bastante buena cocinera, y no creo que le defraude.

—Oh, eso sería demasiada molestia, y...

—No sea tonto —rió Terry—. Le esperaré a las doce. ¿Es buena hora?

—Es excelente. No faltaré, señorita Temple. Hasta mañana..., y gracias.

Colgó. No sabía por qué había tenido que llamar a Terry Temple en aquel momento. Era una nueva tontería, pero ahora se sentía mejor. Hablaría con la joven de sus ideas sobre las cosas que estaban sucediendo. Le daba la impresión de que si lo hablaba con otros, le tomarían por un desquiciado, y no le harían el menor caso. Terry era de las mujeres que sabían escuchar e inspiraban confianza al que hablaba con ella.

Con esa idea en la mente, se quedó dormido.

* * *

—Bueno. Ahora, ¿va a contarme todas esas cosas que tanto le urgía revelarme anoche?

Rick asintió, mirando a la joven, mientras ésta recogía la vajilla de encima de la mesa, haciendo viajes rápidos a la cocina, para dejarla allí. Ana era una criatura muy bonita e inteligente, con gran parecido a su madre. Ahora se iba al colegio, tras el almuerzo preparado por Terry, y que había justificado sus palabras de la noche anterior sobre sus condiciones culinarias.

—Hasta luego, mamá —dijo, besándola en la mejilla. Luego estrechó la mano a Rick, como una personita consciente—. Me alegro de conocerte, Rick. Eres muy simpático, y muy guapo. Me gustaría tener un papá que fuera igual que tú...

En aquel momento llegó la señorita que recogía a los niños para la escuela, y el azoramiento de Rick y de la propia Terry, pudo así disimularse mejor.

—Voy a trabajar al estudio —declaró ella, todavía confusa, con un vivo carmín en sus mejillas—. ¿Quiere acompañarme?

—Es posible que la distraiga demasiado con mi charla y...

—Nada de eso. Mientras usted habla, yo dibujaré. No ocurrirá nada, Calder.

El estudio de trabajo era reducido, pero confortable y lleno de luz. Tenía una amplia galería encristalada, por la que entraba la luminosidad radiante de Río. Ella se sentó ante su pupitre de trabajo, e indicó a Rick dónde estaba el mueble con los licores. El joven se apresuró a negar, con un gesto.

—No, gracias. No bebo, Terry. —Hizo una pausa, míen- tras ella disponía sus lápices, aunque parecía estar pendiente de su palabra—. Bueno, la verdad es que no sé por dónde empezar..., ni lo que tengo que decirle en concreto.

—Bonita forma de empezar un discurso —ella soltó una breve, cristalina risa—. Me asombra usted, Calder. Es hombre de ideas vivaces y fácil palabra. ¿Ya se atasca?

—No es eso. Es que todo lo que tengo que decirle es un poco absurdo, la verdad. ¿Usted cree en los fetiches o en los malos augurios?

—No. Pero le escucharé con igual atención, si es usted el que cree.

—Ahí está lo malo. Yo tampoco soy supersticioso, y, sin embargo, estoy empezando a sentírmelo en Brasil, ¿Usted conoce a «Sappy», el juguete de moda?

—¿Ese muñeco sonriente, que tienen todos los niños de Río? Claro. ¿Qué relación tiene eso…?

—Escúcheme. Yo he visto a varias personas que tenían uno de esos muñecos. A todos les ha sucedido algo. Han desaparecido, en definitiva, dejando solamente su muñeco, como único indicio.

—Eso es absurdo, Rick… —se sorprendió Terry, mirándole absorta.

—Lo sé, lo sé. Es absurdo. Pero oiga mi relato —le refirió todo lo sucedido, desde la desaparición del negro en el callejón—. ¿Se da cuenta ahora de mis razones para tener aprensión a esos juguetitos? No parece sino que fueran ellos el maleficio, los fetiches que llevan consigo una extraña maldición para sus poseedores.

—Dios mío, Rick, ¿y eso le quita el sueño? —ella le miró, sorprendida —. Dése cuenta de que ésas no pueden ser sino simples casualidades, derivadas por la propia superabundancia de un producto que está de moda. Sería igual que suponer que todo el que posee una determinada prenda de actualidad puede sufrir un daño o un mal cualquiera. No será la prenda quien lo produzca, sino que se dará la circunstancia de que todos los que lo sufrieron tenían aquella prenda, porque otros miles de millares la tenían también. No, no, Rick. Yo creo, ciertamente, en lo que usted ha visto. Aquel negro, agredido o asesinado, llevaba un muñeco, porque es una fiebre como en el pasado lo fueron otra clase de juegos. El hijo de su amigo tenía ese juguete, que tienen también las nueve décimas partes de la población infantil de esta ciudad, sin que por ello les ocurra nada. Y en Europa habrá miles de casas que, como la de ese presidente, acaso atacado por enemigos políticos, tengan su muñeco, porque es un juguete que sin duda se exporta a todos los países, aunque su patente sea brasileña.

—Ya —Rick se pasó una mano por la mejilla, pensativo—. De modo que no cree usted en la fantástica teoría que se me ocurrió anoche…

—No, No puedo creer en brujerías ni en fetiches —sonrió Terry—. Usted tampoco cree en el fondo. Sólo busca una explicación a lo que no entiende. Sería distinto si usted me dijera: «Terry, he visto esto… o aquello…» Yo creería entonces en usted porque le tengo por un hombre inteligente y ponderado. Pero empieza por asegurarme que no ha visto nada, que todo son teorías. Hay un factor común, sí. Pero es

común también a miles y miles de hogares en todo el mundo. «Sappy» es un muñeco simpático, que gusta a todos. Si me regalan alguno, le demostraré que nada sucede por ello, como nada le sucederá por esa razón a Burgess y a otros muchos más.

—Es posible —suspiró Rick, inclinando la cabeza —. Ya me pareció a mí mismo esta mañana, al levantarme, que era tonta la idea que se me había metido en la cabeza anoche. En 1981 no existen las brujerías. Pero a pesar de todo, Terry… me sentiría mucho más tranquilo si jamás adquiriese o aceptara un «Sappy» de esos…

CAPÍTULO V

¡REVELACIÓN!

Aquella tarde no tenía trabajo con Arnold. Había solicitado permiso para visitar a Terry, y el editor se lo concedió gustoso. Su trabajo no era de los que requerían una monótona labor diaria sujeta a horarios rígidos. Y ya tenía muy adelantado el plan de lanzamiento publicitario de la publicación de Arnold.

Telefoneó a Burgess, pero no debían de estar en casa, porque no contestaron. En cambio, de la vivienda de los McDonald, le llegó la desolada respuesta de Wally, cuando preguntó cómo seguían las cosas.

—Lo mismo Rick. Jimmy no aparece, ni nadie ha pedido rescate o ha dado señales de vida en relación con su rapto.

—¿Y el empleado de la electricidad, Wally?

—Ha aparecido. Stella le identificó. Es realmente lo que dijo ser, y lleva años en la Empresa. Es de absoluta integridad, y asegura que no vio siquiera a Jimmy, ni durante su revisión de la instalación ni al abandonar el piso. El comisario supone que se ha marchado solo, extraviándose, y ahora hacen llamamientos por radio y televisión. No sé, Rick, no sé lo que pudo haber pasado…

Calder asintió, pensativo. Antes de colgar, advirtió a McDonald:

— Iré más tarde a tu casa, Wally. Quiero hacer unas gestiones ahora…

Salió de la cabina pública desde donde llamó. Paseó por los «bulevares», abstraído, con las manos en los bolsillos. Era terrible tener en la mente de forma tan obsesiva a Jimmy McDonald. Debía mucho a aquellos buenos amigos. Si él fuera capaz de dar con el rastro del niño..,, si encontrara una pista, por débil que fuera.,.

Le bastó una ojeada a la prensa vespertina, para observar que seguían los desastres mundiales. Aviones repletos de pasajeros, a los que fallaban los motores, choques de trenes, con numerosas víctimas, un sabotaje fronterizo en Oriente Medio, que había provocado un ultimátum y tal vez concluyera con una guerra. Revoluciones en algunos pequeños Estados sudamericanos, atentados, sangre...

Y desapariciones.

Estas continuaban. Ahora se trataba de dos importantes personalidades británicas, el general Willoughby y el coronel Mayers, del Control Atómico Europeo. Habían desaparecido durante un viaje, sin dejar el menor rastro.

Se metió en otra cabina telefónica, probando a llamar a Burgess. Esta vez, tras sonar el timbre del teléfono tres veces, contestaron.

—¿Dígame? —preguntó una voz ronca, al otro extremo del hilo»

—¿Está el señor Burgess en casa, por favor?

—¿Mi hermano? No, no ha llegado todavía. No sé lo que puede haberle ocurrido, pero nunca llega tan tarde... He llamado a la editorial donde trabaja, y dicen que salió de allí hace dos horas o más. Estoy muy inquieta, señor. ¿Quién es usted, por favor?

—Soy Calder, su compañero. Quería hablar con Ned, señora... ¿Su hijito Sergio está bien?

— Sí, claro que está bien, señor Calder. Es mí hermano el que me preocupa... Jamás se retrasó de este modo...

Rick le dio las gracias y colgó. Ensombrecido, permaneció unos momentos inmóvil, cabizbajo. ¿Qué le ocurría a Burgess? ¿Por qué aquel retraso inusitado? ¿Otra casualidad?

Claro que aún podía volver, como cada noche..., pero, de pronto, Rick se asustó, al descubrir lo que estaba pensando. Tenía el fijo, inquietante presentimiento de que Ned Burgess jamás volvería a casa.

Salió de la cabina realmente confuso, estremecido por la angustiosa sensación de que algo estaba sucediendo. Algo que escapaba a su imaginación y a la de todo el mundo, incluida la policía.

Se apresuró a tomar un taxi y le dio la dirección de su casa. Sentía casi un temor supersticioso, vivo y electrizante. Recordaba que él también tenía uno de aquellos muñecos. Y si a Burgess le sucedía algo, resultaría casi indiscutible que la posesión de los graciosos «Sappy» sería funesta.

Iba a deshacerse del monigote, aunque luego se tuviera que reír de sí mismo durante toda la vida, y llamarse mil veces estúpido y cobardón. Prefería eso a correr el menor riesgo.

Llegó al apartamento, y se detuvo, con un escalofrío, cuando vio la puerta entreabierta. Casi sintió deseos de dar media vuelta y echar a correr como un desesperado.

Dominó ese terror y avanzó despacio, lleno de cautela. ¿Quién se había metido en el apartamento durante su ausencia? ¿Quién le esperaba allí dentro? ¿Iba a enfrentarse al fin con el mismo misterio viviente que acabó con el negrito del callejón, con Jimmy McDonald, con el político europeo y posiblemente con Ned Burgess?

Cuando sus dedos rozaban la puerta, para empujarla suavemente unas pulgadas más, y ver el interior del piso, pegó un respingo y se echó atrás, realmente asustado.

La puerta se había abierto sin esperar a que él la empujara. Una figura apareció, enmarcada en su umbral.

—Buenas noches, señor —saludó una voz perfectamente normal—. Perdone que haya venido tan tarde, pero es que hay días en que hemos de asear los departamentos por la tarde, y el suyo es uno de los últimos…

Rick respiró hondo, y se sintió avergonzado. Enrojeció hasta la misma raíz de sus cabellos ante el «terrible peligro» escondido en su apartamento. Ese no era otro que la inofensiva mujer de la limpieza, con un pañuelo a la cabeza, un aspirador y un cubo de agua con una bayeta.

Sonrió en forma forzada, aparentando normalidad absoluta.

—Claro, no tiene importancia —dijo, agitando una mano—. Está bien así…

Se paró en la puerta. Desde ella se descubría, a través del recibidor y el «living», su alcoba, aseada y limpia. Avanzó unos pasos. Entonces vio al muñeco, tendido sobre la cama, tal como lo encontrara la noche anterior, y se estremeció.

Volvióse hacia la salida del apartamento. La mujer de la limpieza se alejaba ya, parsimoniosa, por el corredor. La llamó:

—¡Oiga, señora! No me gusta que ponga muñecos encima de la cama —dijo con cierta sequedad. Ella se volvió, mirándole intrigada» Rick completó—: Es mejor que deje las cosas donde las encuentre.

—Un momento, señor —replicó ella—, ¿Se refiere a ese muñeco que tiene usted en la alcoba?

El asintió:

—Naturalmente. No hay otro.

—Pues sepa que yo acostumbro siempre a dejar todo dónde lo encuentro. Si usted no dejara su muñeco en la cama, cuando se marcha, yo no lo dejaría ahí. Aun así, anoche se lo puse en la butaca, porque a mí tampoco me gustan los muñecos adornando la cama de un hombre. Pero como he vuelto a encontrarlo en ella, creí que sería usted el que lo dejó, y no le he querido llevar la contraria. De modo que sepa usted dónde pone las cosas, señor. ¿O va a decirme que ese muñeco está vivo?

Soltó una risa, y se marchó, pasillo abajo. Rick se mantuvo en el umbral unos segundos. Luego cerró la puerta muy despacio. Sintióse confuso. El nunca dejó a «Sappy» sobre la cama. Y si la mujer de la limpieza lo dejó la noche anterior sobre el butacón, ¿cómo iba a aparecer después encima del lecho?

Regresó despacio a la alcoba, contempló la cama, con «Sappy» tendido cómodamente sobre la almohada, sus bracitos a lo largo del rollizo cuerpo. Parecía descansar confortablemente allí.

Rick se preguntó cómo un juguete tan gracioso podía antojársele diabólico, realmente siniestro. Y sin embargo no podía apartar de sí esa idea.

Tenía la sonrisa de siempre, en su faz de goma, casi humana. El brillo fijo en los ojos cristalinos. Nada espantable ni inquietante en él. Pero…

Lo alzó entre sus dedos, mirándole poco amistosamente. Luego,

enfurecido, avanzó hacia la ventana que daba al exterior. Iba a arrojarlo abajo. Sería lo mejor de todo.

Asomóse. En la distancia la amplia calle de Río hervía de luz, de ruido y de tránsito. Abrió los dedos. «Sappy» se desprendió, cayó, dando tumbos, por el vacío, hacia el asfalto de la calle.

Se sintió avergonzado otra vez de su estúpido miedo infantil. Casi le dio pena de la caída del muñeco. Cuando golpeó abajo, no pudo percibirlo, naturalmente, porque además, ya mucho antes, le habla perdido de vista, deslumbrado por la luminosidad callejera.

Se echó atrás, como sintiéndose liberado de algo. Descolgó el teléfono y llamó a la residencia de Burgess una vez más. Esperaba hallarse con el escritor en su casa, saludándole cordialmente. Y así se evaporarían los últimos residuos de temor, que advertía cada vez más grotescos e injustificados.

El timbre sonó repetidas veces al final de la línea. No sucedió absolutamente nada. Nadie contestó, nadie descolgó el teléfono. La inquietud volvió de nuevo a Rick, que colgó, pasándose una mano nerviosa por el rostro cubierto de sudor.

Abandonó el apartamento, buscando en la calle el aire capaz de alentarle un poco. Caminó por la acera buscando en vano el muñeco que arrojara por la ventana» Posiblemente alguien debió cogerlo. Y, como ciertas piedras preciosas de funesta celebridad, acaso llevaría el infortunio a su poseedor. Pero eso no era cuenta suya.

Se encaminó a un restaurante, dispuesto a olvidar totalmente aquel enloquecedor asunto.

* * *

Regresó tarde a casa.

Pero nada más entrar, tuvo consciencia de que algo sucedía. Fue como un hálito siniestro, brotando de su apartamento como una indefinible vaharada.

Cruzó veloz el recibidor, el «living», entró en la alcoba y dio la luz. Se tornó mortalmente pálido, y sintió que sus piernas flaqueaban.

¡Allí estaba otra vez!

Tendido en el lecho, sonriendo con su boca y con sus ojos de color ámbar. Inofensivo al parecer, como esperándole cómodamente acostado. Burlón, despectivo.

¡El muñeco había vuelto! ¡Estaba de nuevo allí por imposible que pareciese!

Dominó su instintivo terror, su primera intención de echar a correr, de huir de allí… En vez de eso, avanzó hacia el lecho, con la vista fija en el extraño ser artificial, capaz de caer por una ventana… y volver a su punto de origen, por esa misma ventana tal vez, como si fuera un personaje de fábula… Además dotado de vida.

Se paró de golpe. ¡Dotado de vida! ¿Qué era lo que recordaba, qué extrañas, alucinantes palabras venían a su mente enfebrecida ahora? Recordó un comentario burlón de Ned Burgess, tras adquirir su muñeco en el bazar: «…he tenido la impresión de que era un ser humano, pequeñísimo, pero Heno de vida, el que caminaba sobre el mostrador.»

Y luego, otra frase absurda, pero extrañamente similar. Ahora dicha por una simple mujer de la limpieza. «¿Va a decirme que ese muñeco está vivo?»

Vivo… vivo… ¡Vivo!

¿Por qué todos coincidían en esa palabra asombrosa, imposible, inaudita?

Rick Calder había visto al muñeco sobre su lecho, cuando la mujer de la limpieza confesó haberlo dejado sobre una butaca. Rick abandonó al muñeco encima de aquella butaca al marcharse. Y ella lo encontró, según dijo, encima de la cama. Cabía, naturalmente, que estuviera equivocada. Pero, ¿cómo volvió ahora, después de haber sido arrojado a la calle desde aquella altura? ¿Reptando su diminuta forma por el muro del edificio?

Una furia helada invadió a Rick. Iba a terminar de una vez por todas con aquel estado de cosas, con aquel terror supersticioso y absurdo…

Levantó al muñeco entre sus manos. Su mirada se fijó en él casi con odio. Un odio feroz, desorbitado tal vez. La faz del muñeco no se alteraba. Rozó el resorte de su costado, sin oprimirlo.

Aquel juguete era electrónico. Bastaba presionar el resorte, y caminaba, saltaba, daba brincos y movía su faz de goma flexible o de materia plástica similar. Pero no quería verlo en movimiento.

Lo único que quería era destruirlo. Y, evidentemente, no bastaba con arrojarlo por una ventana.

Se encaminó a su maleta. La abrió de golpe. Rebuscó en ella, hasta encontrar una tijera de tamaño mediano, con la que acostumbraba a recortar periódicos, para su archivo de anuncios y gacetillas de publicidad. Alzó el instrumento afilado, que centelleó a la luz.

En este preciso instante un sonido imprevisto le sobresaltó de tal modo, que tiró muñeco y tijera a tierra. La alfombra recibió blandamente ambas cosas, mientras el teléfono repetía su llamada, con un repiqueteo estridente. Rick se serenó. Contempló su faz lívida y sudorosa al pasar ante un espejo, y se dijo que era un necio por dejar que aquel disparate le venciera y dominase sus nervios, sobradamente débiles tras lo que sufriera en Nueva York. Le temblaban las manos cuando alzó el aparato.

—¿Dígame? —preguntó sordamente, tratando de que su voz sonara normal.

—¿El señor Rick Calder? —preguntó una voz que le era totalmente desconocida, de un matiz profundo, seco y metálico.

—Sí, yo mismo. ¿Quién llama? ¿Es la policía tal vez? —contestó Rick.

—No, señor Calder. No es la policía. Le llamo yo.

—¿Y quién es usted?

—Eso no le importa. Pero sé lo que va a hacer ahora. ¿Por qué quiere destruir a «Sappy»? El no le ha hecho nada...

Rick desorbitó sus ojos, apartando de sí el receptor, como si estuviera cargado de fluido eléctrico. No..., eso era imposible. ¡Nadie podía saber lo que iba a hacer él a «Sappy»!

Miró en derredor, enloquecido, como si fuera posible que le rodeasen ojos vigilantes, miradas que perforaran las paredes. Luego aferró el teléfono de nuevo, lo llevó a su oído, y gritó a la vez por el auricular:

—¿Quién es usted? ¿Quién es?

Tras una pausa, la voz respondió serena, inexpresiva, monocorde:

—Alguien que lo ve y lo sabe todo, Calder. Por eso le aviso: no mate a «Sappy». No le haga daño… o su tormento será mayor que el de ningún otro. ¿Me oye? ¡No hinque la tijera en «Sappy»…

Sonó un clic. Habían colgado el teléfono. Desesperadamente, Rick apretó una y otra vez el gancho, hasta que le atendieron de la centralilla del edificio. Gritó Calder:

—¡Pronto, traten de localizar el número que me ha llamado! ¡Es urgente! ¡Avisen a la policía si es preciso, pero localicen ese número! ¡Es cuestión de vida o muerte!

El telefonista, alarmado, le dijo que lo haría así en el acto. Colgó Rick. Luego retrocedió tambaleante, estremecido por el horror. Un horror infinito hacia algo. Algo que no comprendía, pero que por momentos se tornaba, más y más denso, más terrible y estremecedor…

Y ese algo., ¡era capaz de ver a distancia, de penetrar en edificios, en vidas ajenas!

Clavó su mirada febril, furiosa, en el cuerpo inerte de «Sappy», risueño sobre la alfombra. La tijera, afilada, centelleaba allí, junto a él.

La rebeldía innata de Rick Calder dominó toda prudencia. Nunca había sido cobarde. Temió aquel peligro envuelto en tinieblas, hasta que se materializó en aquella alucinante llamada… Ahora sabía que existía ese «algo» indescriptible y atroz. Ese horror latente que hacia desaparecer a los seres, que llegaba a penetrar en todas partes, que era capaz de mover muñecos como auténticos seres humanos.

Y su terror, aunque más profundo y vivo, era también más material. Por ello se rehízo antes, montó en violenta cólera, en un afán desesperado de revancha. Solamente tenía a «Sappy» a su alcance. Y la amenaza de que si le hacía daño sufriría las consecuencias.

Le tenía sin cuidado. Sólo quería vengar a Jimmy McDonald, a Burgess, si algo le sucedía… y ˆdesafiar abiertamente a quienquiera que le llamó.

Tomó de nuevo la tijera, también el muñeco inerte. Por un instante, casi esperó que sonara él teléfono. Pero no ocurrió nada. La llamada no se repitió.

Calder alzó la tijera en alto. «Sappy», entre sus dedos, no era más que

un muñeco. Luego le hincó el afilado instrumento en el rostro, con auténtica y salvaje furia.

Rasgó el blando material, con un escalofrío. Sintió la impresión de matar a alguien, cuando la tijera perforó el rostro risueño, destrozando su sonrisa, arrancando las cuentas de vidrio de sus ojos. Dentro un mecanismo debió de ser alcanzado por la tijera, porque algo sonó, como un maullido metálico, como un chirrido estremecedor, que crispó a Rick, haciéndole soltar de nuevo al muñeco.

Este rebotó en tierra. Luego los pies de Calder le pisotearon, estrujaron su forja, hasta que un pequeño mecanismo interior, en forma oblonga, saltó entre la materia plástica, y los zapatos de Rick lo aplastaron, arrancando delicados resortes, saltando muelles complicados y pequeñísimos, electrones y pilas microscópicas, que daban vida al muñeco cuando se movía su resorte.

Rick se detuvo, jadeante. Había terminado con aquella preciosa obra de mecánica. Y no se sentía satisfecho. Después de todo, «Sappy» no era ningún ser vivo. Todo era una absurda teoría sin sentido. Había sido siempre un simple muñeco, repleto de mecanismos electrónicos, y nada más. Ahora se sintió más ridículo que nunca, más cohibido y humillado que ninguna otra vez. A pesar del inexplicable retorno del muñeco, a pesar de la escalofriante llamada telefónica.

El teléfono zumbó entonces. Rick lo miró, aprensivo. Avanzó, descolgando el receptor. Duramente, inquirió:

—¿Diga? ¿Qué quiere ahora? ¿Que no mate al muñeco? Pues llegó tarde, porque…

—¿Qué es lo que dice, señor? —la voz chillona que sonó era la del telefonista. ¿Ha hablado de matar a un muñeco, o he oído mal?

—Oh, es usted. Perdone… —cortó, jadeante—. Creí que era otra persona. ¿Ha averiguado ya desde qué número llamaron?

El telefonista dijo, tras una pausa:

—Sí, señor. No hizo falta recurrir a la policía. La Central de Teléfonos me informó, dada la importancia del caso. Era desde el 481249, desde donde le llamaron. ¿Sabe a qué lugar corresponde este teléfono, señor?

—No. ¿Usted ha podido averiguarlo? —Rick se enjugó el frío sudor de

su frente con el dorso de la mano.

El telefonista asintió:

—Sí, señor. Es el número de los Bazares de Juguetería «Makro». ¿Algo más, señor?

Apenas daba crédito a sus oídos.

—No, nada… Gracias —dijo Rick, colgando el teléfono lentamente.

Atónito, permaneció unos momentos en silencio. Contemplaba, sin verle, el destrozado muñeco. Luego, resueltamente, tomó una decisión final.

Echó a correr hacia la salida del apartamento. Cerró tras de sí de un violento portazo. Devoró las escaleras, camino de la calle. Cruzó ante el telefonista, como si fuese un poseso, y éste le contempló con estupor desde detrás del «comptoir».

—Ese era el señor Calder —se dijo, pensativo, al verle salir a la calle violentamente—. El americano ese chiflado, que habla de matar muñecos y dice que es urgente saber de dónde le han llamado, para que luego resulte un bazar de juguetes. No sé, pero creo que deberla hablar con la policía…, por si acaso.

Y sin vacilar más, hincó una clavija en el cuadro, y marcó el número del Departamento de Policía.

Entretanto, Rick Calder corría por las calles de Río de Janeiro, esta vez con un rumbo fijo, determinado…

El calor tórrido de tantos días había culminado en un denso nublado. Súbitamente, cuando Rick corría por la amplia acera, comenzó a llover.

El agua, con tropical intensidad y violencia, azotó Río de Janeiro súbitamente. Pero ajeno a su azote, Rick Calder seguía corriendo, corriendo siempre…

CAPÍTULO VI

LA PESADILLA

Estaba a oscuras y cerrado herméticamente. Sus escaparates ofrecían toda clase de juguetes, menos el famosísimo «Sappy». Un gran cartel anunciaba en uno de los escaparates: «Totalmente agotado el muñeco "Sappy", próximamente se anunciará su nueva venta.»

Rick se detuvo, jadeante, junto a las grandes cristaleras en sombras. Pegó su frente, que chorreaba agua y sudor, al vidrio, y contempló su figura, fantasmalmente reflejada.

Seguía lloviendo con fuerza, y las gentes no circulaban por la amplia avenida ahora. «Makro» tenía su gran bazar formando un chaflán muy amplio y visible. Sobre los escaparates, el luminoso, situado en el centro de la fachada, era la única luz que dejaban toda la noche.

Se encontró ante uno de los escaparates del final de la hilera. Al fondo del establecimiento brillaba una luz mortecina, color azulado, que hacía destacar el fantástico mundo de juguetería del interior.

Rick Calder no descubrió a persona alguna. El golpeteo de la lluvia contra los cristales era ensordecedor, y luego se deslizaba, formando torrentes, a lo largo de los escaparates» Rick cargó de súbito contra el escaparate.

Había envuelto sus puños en la empapada chaqueta, y descargó tres o cuatro impactos tremendos en el vidrio. Este se desgajó, estriándose como una enorme telaraña. Cayeron varios fragmentos de gran tamaño, desprendidos de sus bordes, y Rick evitó que golpearan con demasiada fuerza el reluciente asfalto encharcado.

Luego, sin pensarlo un solo momento, penetró en la tienda por el boquete del escaparate. Sus pies derribaron un estante de trenes eléctricos, un montón de balones multicolores y un gran caballo electrónico.

Saltó del escaparate a tierra. Pisó el pavimento del almacén donde estuviera la noche antes con Burgess. Todo parecía desierto en torno. Era como un mundo inanimado y fabuloso, de seres grotescos o divertidos, de ciudades inverosímiles, de juegos maravillosos. Un paraíso infantil, como el que puede soñar un niño. Pero callado, desierto de seres vivientes.

Avanzó hasta llegar al mostrador donde la morena dependienta le atendiera. No había ni un solo «Sappy», de los centenares del día anterior. Las vitrinas estaban vacías, y un rótulo repetía en varios

sitios: «Agotado "Sappy", pronto volverá con ustedes.»

Apoyó las empapadas manos en el vidrio de las vitrinas, entonces descubrió que dejaba sangre sobre ellas. Se miró las manos. Su diestra, a pesar de la protección de la chaqueta, habíase cortado profundamente en la palma, junto al pulgar. Pero ni siquiera advertía el dolor, tal era su excitación. Aplicó a la herida un pañuelo que estaba tan mojado como el resto de sus ropas, pero que pareció ayudarle a restañar la sangre.

Caminó por entre auténticas pilas de juguetes polícromos, de espléndidas imitaciones de coches, de ferrocarriles, vehículos espaciales ciudades, fortines y castillos, y mil cosas más, creadas para deleite de la infancia.

No sabía lo que buscaba ni por qué estaba allí. Solamente sabía que, poco tiempo antes, alguien le había telefoneado desde allí, para advertirle que «no matara a "Sappy", el muñeco». Si en algún lugar de Río de Janeiro estaba la explicación al misterio, tenía que ser precisamente allí, en «Makro»...

Siguió buscando.

Encontróse ante unas escaleras amplias y modernas, de funcionamiento automático, para descenso y ascenso, en las que se leía en ambas direcciones: «Planta Baja» y «Oficinas». En esta última, que era la de ascenso, añadían: «Prohibido el paso a toda persona ajena al servicio.»

Rick miró hacia arriba. Fuese cual fuese la explicación, la clave del enigma, ¡lo encontraría en aquel edificio, donde se ocultara!

Comenzó a subir las escaleras, ahora inmóviles, sin funcionamiento automático.

La primera planta estaba destinada a almacén, según leyó. Todas las puertas, que eran seis, y metálicas en su totalidad, con un color gris azulado, estaban cerradas. Probó en el piso inmediato, siguiendo hacia arriba.

Allí, las puertas eran tres, metálicas todas también. Las laterales rezaban, respectivamente, en letras plateadas, de brillante níquel cromado: «Gerencia» y «Reclamaciones».La del centro fue la que atrajo en el acto la mirada fría, centelleante, de Rick Calder:

«Dirección. Absolutamente prohibida la entrada.»

Una prohibición, a aquellas alturas, era algo tan carente de valor para Rick, que éste sonrió, con cierta dureza, y se movió hacia la puerta. Apoyó la mano en el pomo, igualmente metálico, disponiéndose a entrar si éste cedía. Cosa que no esperaba en absoluto, por supuesto.

Rick vaciló un solo momento. Luego probó suerte.

Se quedó sorprendido. La hoja metálica, sin un chirrido, suave y dócilmente, cedió a su presión. Comenzó a abrirse.

La terminó de abrir, con los nervios en tensión, dispuesto a lanzarse sobre su propia sombra, si era preciso.

Se encontró con una antesala desierta, de metálicos muebles, rígidos como espectros bajo una inquietante, irreal luminiscencia verdosa que brotaba del techo, de una forma indirecta. Rick lo contempló todo en silencio, con su cuerpo envarado y la faz endurecida.

Al fondo, una nueva puerta, con recuadro de cristal escarchado en su parte superior, y la palabra «Dirección repetida sobre él, atrajo su atención.

Dio un tímido paso hacia el interior, y la luz verdosa le envolvió, espectral.

Entonces sonó la voz metálica, monocorde, como brotando de todas partes a la vez:

— Entre, señor Calder. No tenga miedo. Le estaba esperando...

* * *

A Rick se le erizaron los cabellos cuando escuchó aquellas palabras lentas, aceradas, que repercutían con extraños ecos en la antesala desierta, que parecían hacer vibrar el metal de los muebles fríos e inanimados.

El terror creció dentro de él. Quiso retroceder, alejarse de aquel lugar, renunciando a ahondar más, a llegar al fondo de aquel enigma cada vez más alucinante y estremecedor.

Nadie sino él mismo sabía que iba a hacer esto, que iba a penetrar en «Makro» que iba a subir aquellas escaleras. ¡Y sin embargo, la misma

voz del teléfono le saludaba, aunque aún no veía a ser humano alguno, y sabía su nombre, su identidad, sus propósitos!…

No pudo echarse atrás. No pudo mover un solo pie, aunque quiso. Un frío extraño, lacerante, sacudió su ser, y sintióse como envuelto en una bruma que entorpecía sus ideas, que le impedía moverse, en una parálisis física y mental inexplicables…

En cambio, la puerta del fondo estaba abriéndose sola sin que nadie la accionase. Lo hizo lenta, dramáticamente…, y el interior de un despacho envuelto en la misma fantasmagórica luz verde, apareció ante los desorbitados ojos de Calder, que seguía como adherido al suelo, incapacitado para el menor movimiento.

Entonces vio al hombre. A pesar de que era la primera vez que se encaraba con él, un escalofrío de terrible pánico recorrió su ser. Porque el hombre gordinflón y risueño que se sentaba tras una mesa de despacho, con los brazos cruzados benignamente sobre su panzudo vientre era una viva reproducción humana de los muñecos «Sappy».

Le sonreía abiertamente, con sus malignos ojillos color ámbar fijos en él. Y su risa sonó en los oídos de Calder con un extraño, agudo matiz metálico y helado.

Luego, habló. Y mientras hablaba, como atraído por la misma fascinadora sugestión mortífera que la araña ejerce sobre la mosca, Rick Calder se movió, caminó mecánicamente hacia él, a pesar de que su voluntad le dictaba angustiosamente lo contrario.

—Bienvenido al santuario de «Makro», señor Calder modulaba las palabras de una forma fría y monocorde, como recitando algo que su cerebro le dictaba, en una lengua para él extraña—. Le estaba esperando… desde el momento en que supe que usted era informado del origen de la llamada telefónica. Desde que supe que por fin había matado al pobre «Sappy», había sacrificado a alguien que nunca le hizo daño. Es usted cruel, señor Calder… Estúpidamente cruel, como todos los seres humanos de este mundo suyo…

Era como vivir hipnotizado. Como estar dentro de una envoltura ajena, pero percibiendo los sonidos, comprendiéndolos, plenamente consciente, a pesar de la rara atrofia mental y física que le invadía. Calder, rígido, escuchaba al hombre gordo y risueño, que le miraba con la misma fijeza que utilizaban sus muñecos. Jamás un hombre se había parecido tanto a un juguete. En realidad, eran idénticos.

—¿Cómo… cómo puede usted saber eso? —preguntó Rick. Y a él

mismo le sorprendió que fuera capaz de formular la pregunta, como de que su voz sonara tan extraña, tan lejana de sí mismo.

—Yo lo sé todo. Absolutamente todo, señor Calder. Usted ya sospecha la verdad desde mucho antes. Lo sé. Pero no imaginaba que llegase tan lejos. Ahora, ha llegado ya. Era inevitable. Ustedes, los terrestres, son listos…, muy listos, a pesar de sus escasas facultades físicas, de su pobre contextura humana…

«Ustedes, los terrestres», había dicho aquel personaje inverosímil, fantásticamente iluminado por el verde fosforescente y espectral. ¿Por qué? ¿Qué significaba eso? ¿Es que él, aquel delirante «Makro»… no era terrestre?

—Sé lo qué piensa —la risa metálica, vibrátil, del extraño personaje sonó de nuevo—. Y está en lo cierto, Calder. Yo no soy de su mundo, no pertenezco al planeta Tierra…

La incredulidad asaltó a Rick, que parpadeó. Posiblemente, de estar en situación normal, se hubiera reído, burlón. Pero no pudo reírse. Solamente decir:

—Eso es imposible. Usted miente… pretende asustarme…

No había convicción en su voz. Se tambaleaba su firmeza.

Y más aún cuando «Makro» remachó con palabras breves, tajantes, recitadas en forma monocorde:

—Yo no tengo interés en asustar a nadie. Tampoco lo pretendía cuando le telefoneé antes. Solamente quería salvar a «Sappy», a mi pobre y pequeño «Sappy»…

—¡Pero usted no puede saber lo que ocurre a distancia! ¡No puede pretender que yo crea eso! ¡Ni tampoco que a un muñeco pueda matársele!

—Señor Calder, todos ustedes, los hombres, son iguales. Impulsivos, torpes en su actitud. Y escépticos. Ese es su gran mal. No creen en nada que se salga de lo que sus pobres mentes entienden por lógico y natural. Pero ¿se ha detenido a pensar en que lo que es normal para ustedes, los terrestres, puede no serio para nosotros, y viceversa? Sí, señor Calder. Usted acaso no me crea, aunque le sobran ya razones para creerlo…, pero nosotros no somos terrestres. Ni mis pequeños soldados, ni yo. ¿Sabe cuáles son esos diminutos e inteligentísimos soldados, verdad?

—Los... «Sappys»... —dijo roncamente Rick, diciéndose a sí mismo, a la vez, que era absurdo todo ello.

—Eso es. Mis graciosos y simpáticos muñecos. Esa es mi fuerza. Mi patrulla invasora, señor Calder. En cada casa, en cada rincón del mundo, en cada ciudad y cada país, hay ya bonitos e inofensivos «Sappys». Han tomado posesión de sus puestos de combate. Ahora, esperan. Esperan algo. La voz de mando. La voz de su controlador. ¡Y ésa es mi voz! —alzó sus manos en el aire. Eran gordezuelas, pequeñas y ágiles. Parecía un actor recitando su papel. Pero lo hacía a la perfección. Elevó la voz—: ¡Yo levantaré a mis ejércitos diminutos contra el mundo entero! ¡Y la Tierra será nuestra, señor Calder, totalmente nuestra en breve tiempo!

—No lo creo. ¡No puedo creerlo! —se resistió Rick, estremecido, tembloroso.

—Y, sin embargo, es la verdad —«Makro» rió, burlón—. Es So que le dije antes. Su incredulidad, su escepticismo para admitir como posible lo que viene del exterior de su mundo les perderá a todos. Por eso no tienen defensa, no pueden oponerse a nosotros. Porque les falta la unión de conocer el peligro, de admitir que ese peligro existe...

—Entonces, suponiendo que este disparate fuera cierto...

—Tendría la razón de las desapariciones que hoy sufre el mundo. Son simples ensayos. Transmito la orden a mis soldados, los pequeños «Sappy», los autómatas dispersos por el mundo, y obedientes a mi voz de mando, a mi única y total coordinación... Ellos cuidan de hacer desaparecer a gentes que, ignorantes del peligro, alojaron en sus hogares a los graciosos juguetitos que, sin saberlo, son sus enemigos... Los ensayos aumentan. No sólo en raptos o desapariciones» En sabotajes, como los que anuncian los diarios, en accidentes que no son tales, sino provocados por mis autómatas. En provocar revueltas, guerras, revoluciones, en derramar sangre de los estúpidos y ciegos terrestres... ¡Eso no es más que el principio, señor Calder! ¡Un principio que pronto va a culminar en el caos total, que nos hará dueños totales de su mundo!

—Pero..., pero todo eso..., ¿para qué?

—Somos la vanguardia de nuestro mundo, la avanzada de una civilización que ustedes ni siquiera pueden sospechar. Lo demuestran nuestros métodos. Cada «Sappy» es un perfecto soldado, telépata que transmite y recibe mensajes sin una sola palabra. Usted destrozó a mi

autómata. Mala cosa, porque ello le hace reo de asesinato, según nuestras inflexibles leyes. Una suerte mucho peor que la misma muerte fe aguarda. Y esa suerte empieza ahora mismo, Calder. En cuanto abandone este edificio…

—¿Abandonar… el edificio? —Rick se sorprendió, en su forzada inmovilidad, erguido ante «Makro», todavía sujeto a su poder paralizante—: ¿Es que acaso va a permitirme tal cosa? No lo creo… ¡Usted no hará eso, porque sabe que gritaría al mundo entero la verdad!

—La verdad… —«Makro» se echó a reír. Elfo deformó su faz risueña, y dio a la sonrisa un aire satánico, infernal—. ¡La verdad! Me divierte usted, señor Calder. ¿Espera que alguien le crea? No sea foco. ¡Esa va a ser su peor tortura! ¡Ver cómo es eliminado el mundo entero, cómo avanzan nuestros ejércitos, cómo vamos dominando la Tierra, cosa que sólo usted conocerá…, sin que pueda advertir a nadie, sin que pueda impedirlo…, porque nadie, absolutamente nadie, creerá en usted! Si insiste le examinarán los alienistas y psiquiatras. Se reirán de sus teorías. Luego opinarán que está loco. Bucearán en su pasado. Usted estuvo recluido como alcohólico, ¿verdad? Sí, también sé eso. Mi fiel «Sappy», a quien usted destruyó buceó bien en su mente durante sus sueños, y me lo transmitió fielmente, como hacen todos… ¡Le volverán a acusar de alcohólico y le encerrarán! ¡Es un magnífico castigo…, saber la verdad y ver que no la acepta nadie! No le temo, Calder. Le dejo libre, porque sé que es igual que eliminarle. Porque verá que su palabra es inútil…

—¡Oh, no, Dios mío! ¡Alguien creerá en mí! —jadeó Calder, horrorizado.

—Ni lo sueñe… Además, acaso le interese saber que su simpática amiga, la señorita Temple, ya posee un «Sappy» encantador…

—¡No! —aulló Rick, desesperado.

—Será inútil que vaya a arrancárselo y cometa otro asesinato con uno de mis autómatas… ¡porque pronto habrá otro… y otro… y otro… Y miles de millones de ellos. Nuestro lejano planeta los desembarca día a día, hora a Hora… ¡Para que yo les conduzca al triunfo final!

En la mente de Rick danzaban ideas dispersas, recuerdos vagos… Un locutor en la televisión, hablando de «platillos volantes», de extrañas apariciones, de rayos paralizantes, helados, como el que sufría él ahora en su propio ser… Luego, las palabras remotas, borrosas, que

dijera una vez Ned Burgess: «Creo en la pluralidad de los mundos habitados... Ellos pueden llegar aquí cuando quieran... Miles de mundos tienen forma de vida inteligente, que nosotros no podemos concebir ni soñar...»

Y todo eso que le había parecido absurdo, era cierto, ELLOS... estaban ya allí.

Ellos habían llegado. Ellos hablan empezado a invadir el mundo... ¡Y el mundo no lo sabía!

La puerta de la oficina de «Makro» empezaba a cerrarse lentamente, sin accionarla ni moverla él... Rick retrocedió por fin, dotado de movimiento. Pensó en huir, en correr lejos de aquella fantástica luz verde. Ya estaba cerrada la puerta del fondo, volvía a ver desierta la antesala, delante de sus ojos...

Calder dominó su terror. Penetró audazmente en la antesala de nuevo, hasta la misma puerta que se había cerrado. La abrió de un violento empellón. Luego se detuvo, atónito, parpadeando sus ojos incrédulos.

El despacho estaba a oscuras, salvo la luz parpadeante de un tubo de neón, que entraba por una ventana. Tras la mesa-despacho, el sillón que ocupaba «Makro», el hombre igual a los muñecos, estaba vacío. Como vacía toda la estancia.

Registró todo, abrió un armario-archivador, la puerta de un pequeño cuarto de aseo totalmente desierto. No encontró ni rastro del enigmático ser. Volvió a la antesala, lívido y sintiendo que el sudor corría por su piel como la misma lluvia corriera antes.

La luz no parecía ya tan verdosa, sino completamente real. Los muebles parecían muebles, no fantasmas erguidos y fríos. Salió al corredor. El sonido de sus zapatos en el pavimento lustroso, que le reflejaba, repercutió huecamente en el edificio desierto, con ecos casi obsesivos.

Descendió a la planta baja, sintiendo un horror creciente dentro de sí. Penetró de nuevo en el mundo de los juguetes, deteniéndose vacilante para no caer. Apoyóse en un objeto que parecía un maniquí, Y era un maniquí, porque rodó por tierra, al recibir su peso, quedando inmóvil a sus pies.

El grito de Rick fue terrible, espeluznante. Porque aquel maniquí, aquel cuerpo artificial, de tamaño normal, era el de una mujer morena, vestida con el uniforme de empleada de «Makro». Una

exuberante brasileña... ¡modelada en goma o plástico, y cuyo rostro era el mismo que viera cuando estuvo allí con Burgess!

Los grandes ojos oscuros, dos simples cuentas de vidrio, centelleaban, clavados en él. La faz petrificada, sin movimiento, la boca roja y carnosa..., sonriendo igual que «Sappy»... ¡Y el resorte en el costado!

Retrocedió, estremecido, en el paroxismo de su infinita angustia, de su horror sin límites. Su mirada extraviada vio una hilera de maniquíes o juguetes de tamaño natural, todos ellos autómatas inertes, erguidos en las sombras de la tienda. ¡Todos ellos los empleados que «Makro» utilizaba durante sus horas de venta!

¡Todos autómatas!...

Era demasiado espantoso... Un horror inaudito, que sumía a Rick Calder en un creciente marasmo en un pozo sin fin, de desesperación y de agonía...

Cruzó corriendo la desierta nave cuajada de juguetes, alcanzó el escaparate que rompiera, y lo atravesó como un bólido, cayendo en la acera, en el exterior...

Rodó sobre el asfalto mojado. El aire cálido, pegajoso, de la noche carioca tras la lluvia torrencial de poco antes, le golpeó la cara sudorosa y demudada.

Se incorporó con dificultades. Nadie transitaba por la calle. Miró a un lado y otro, luego al escaparate agrietado. Los luminosos de la calle contigua se reflejaban en las ventanas oscuras de enfrente, con parpadeos enloquecedores.

Rick Calder no supo lo que hizo. Solamente que corrió, corrió y corrió..., alejándose de «Makro», del terrible antro de invasores autómatas, de los seres llegados a la Tierra para poseerla implacablemente...

SI... Todo eso era lo que quedaba atrás.

Rick Calder seguía adelante, siempre adelante... La noche parecía infinita, como su propia angustia. Solitaria y terrible, como si fuera la última en el mundo. Y acaso lo era.

Se paró. Estaba frente a la casa de Terry Temple. Oscura, silenciosa. Ella dormirla. Y la pequeña Ana también. ¿Cómo podían esperar que el horror, la muerte y el fin de la Humanidad estaba también allí,

dentro de su propia casa?

Cruzó la calle. Pisoteó algunos charcos, pero ya no le importaba mancharse. Se detuvo ante la puerta de la casa. Cayó sobre el timbre, oprimiéndolo con todas sus fuerzas… Sonó dentro, estridente y prolongado.

Luego, sintió que las fuerzas le fallaban. Se doblaron sus rodillas, cayó contra el quicio de la entrada, semidesvanecido…

CAPÍTULO VII

SIN ESPERANZAS

Aquel fresco suave y confortante le hacía mucho bien.

También el contacto de una mano sobre su frente febril, acariciándole, le ayudó a recobrar el sentido, a erguir su cabeza y mirar fijamente a la persona inclinada sobre él.

—Rick…, ¿se encuentra mejor? —interrogó una voz suave, apacible como el susurro de un poco de brisa tras un temporal—. Rick, ¿me escucha?

Asintió él, vacilante. Parpadeó, hasta aclararse la mirada. Entonces fijó los ojos en Terry. La muchacha le sonreía, dulce, maravillosamente dulce e inquieta.

—Sí, Terry, gracias —se humedeció los labios lentamente. Luego, musitó, con voz débil—. ¿Hace… hace mucho tiempo que estoy así?

—Apenas un cuarto de hora, Rick. ¿Qué le sucedió? Tenía su mano herida, estaba desfallecido, materialmente deshecho…

—Terry… Terry, usted… tiene ya un «Sappy» de esos, ¿no es cierto?

—Sí —le miró, sorprendida—. ¿Cómo lo supo? Oh, Rick, está obsesionado con esa idea…

—No, Terry, no lo estoy.., —jadeó Calder—. La prueba es que… sé que lo tiene ya en su casa. Ha abierto sus puertas al enemigo…

—Pero, Rick, por Dios. Terminará loco si sigue así...

—Terry, escúcheme —se irguió, aterrándola con firmeza por un brazo—. Ya no se trata de teorías o de pesadillas. Ahora todo es cierto, real. Terriblemente cierto, por desgracia. Algo por lo que Arnold daría millones para lanzarlo en su edición. Pero que no es literatura ni fantasía. Esos muñecos... ¡esos muñecos son autómatas, Terry! ¡Autómatas, al servicio de un invasor despiadado, llegado de otros mundos!

Ella abrió la boca, realmente desconcertada. Miraba a Rick sin creer posible lo que a todas luces le parecía un delirio enfermizo, una alucinación absurda.

—Vamos, Rick, debe descansar. Mañana, con más calma, me hablará de...

—¡No! —Rick saltó vivamente, enfrentándose a ella—. ¡No, Terry! ¡No puedo esperar a mañana! ¿No se da cuenta? ¡Mañana será tarde ya! ¡Ha de ser hoy, ahora mismo! ¡Tiene que deshacerse de «Sappy» a toda costa! ¡Tiene que creerme, creerme, sea como sea...!

Se incorporó, tirando el frasco del alcohol que ella dejara sobre la mesa, y también los vendajes que habían servido para curar su mano herida. Terry, asustada por su aspecto, retrocedió. Rick extendió, implorante, sus manos.

—¿Es que no va a creerme, Terry? Por el amor de Dios, he venido porqué sabía que usted es la única capaz de creerme... «Makro» es el controlador de toda una legión de pequeños autómatas introducidos en el mundo, desde el espacio exterior... Por eso desaparece la gente, por eso hay atentados, sabotajes, guerras, inquietud. El mueve los hilos. Sus diminutos guerrilleros lo invaden todo, entran por doquier, se filtran en los sitios más inverosímiles y secretos, para descargar su golpe decisivo... Estamos a su merced, y «Makro» me ha condenado a vagar, refiriendo la verdad, una verdad que nadie va a creerme. ¿Se da cuenta, Terry? ¿Comprende el horror en que estamos inmersos?

—Rick, es evidente que su idea ha sido bastante buena. Cuando Arnold sepa lo que se le ha ocurrido para lanzar su colección, le felicitará. Posiblemente le aumente la paga. Ya veo esos titulares, anunciando nuestra publicación —secamente, miró a Rick con hostilidad—. ¡Pero no es razón para que venga a asustarme a mí, en plan de conejo de indias de su experimento publicitario, Calder!

—Pero Terry, yo…

—No le creo una palabra. Es una tontería de arriba abajo, incluso como tema de una novela, pecaría de ingenuo. ¿Espera convencer a alguien de verdad?

—¡Terry, es la verdad! —chilló Rick, desesperado.

—Por favor, no escandalice —le pidió ella gravemente—. Va a despertar a Ana…

—Oh, sí, Ana… Su pequeña hijita. Una criatura demasiado maravillosa para ponerla en peligro. ¿Duerme ahí? —señaló al fondo, a su cuarto, y ella asintió—. ¿Con… «Sappy?»

—¡Si, con «Sappy»! Se lo han regalado nuestros vecinos, y no veo razón para…

—¡Dios mío, hay que impedirlo! —gritó Rick. Estiró la mano, aferrando las tijeras, con las que Terry había cortado sus vendajes, y lanzóse hacia la puerta de la alcoba.

Terry trató de interponerse, de impedir que entrara, y Rick la apartó de un violento empellón, penetrando en la alcoba. Ella gritó, alarmada, lanzándose tras él.

Rick vio a Ana, dormida apaciblemente en su cemita, junto a la tenue luz de la mesilla…, y con «Sappy» entre sus brazos. Un escalofrío de horror puso de punta sus cabellos.

Antes de que la desesperada Terry pudiera impedirlo, Rick alcanzó a «Sappy», lo arrebató de los bracitos de Ana, y le sepultó las tijeras en el rostro, en el cuerpo de materia plástica, desgarrándolo. El mecanismo saltó, destrozado, y se repitió el chirrido extraño, metálico, de su máquina aniquilada.

Ana se había despertado. Le vio destrozando el objeto y rompió a llorar desesperadamente. Terry se inclinó sobre ella, acogiéndola contra sí. Miró a Rick con desesperación, y le gritó:

—¡Rick Calder, váyase de aquí! ¡Evidentemente, debe de estar loco o borracho, para hacer lo que ha hecho! ¡Destruir el juguete de mi pequeña sólo porque una idea estúpida se le ha metido en la cabeza! ¡Mire la clase de enemigo que destruyó! ¡Un pobre muñeco sin otra vida que la de su maquinaría y sus pilas eléctricas! ¡Váyase!

Rick retrocedió. La fría, inexorable mirada de Terry Temple ahora, Se dijo más claro que palabra alguna, que no le creerían. Ni ahora ni

nunca. Su única esperanza fue la de Terry. Y la había perdido ya.

—Está bien —habló, con voz quebrada, llegando a la puerta—. Lo siento, Terry. Veo que «Makro» tuvo razón. Es inevitable..., porque todos somos incrédulos y no tenemos fe en nosotros mismos... Seremos fácil presa de esos seres. Adiós, Terry...

Salió de la alcoba, cruzó la estancia, hacia la salida. Una vez en la calle, cerró de golpe tras de sí. Terry no trató de detenerle ni de llamarle de nuevo. Se encontró más sólo que nunca en la calle.

Jamás hombre alguno se sintió tan solo, tan perdido, tan sin esperanzas...

¿A quién más acudir? ¿A los McDonald, que se reían de las noticias de la radio sobre «platillos volantes»? ¿A Herb H. Arnold, que le felicitaría por su idea publicitaria, como lo hiciera Terry poco antes? ¿Al comisario Moreira, que se burlaría de él, o haría que le encerrasen en una clínica de enfermos mentales o de alcohólicos?

Caminó igual que un espectro. Desalentado, abatido, vacilante. Era un pobre pelele humano vencido por unas máquinas diabólicas, por un enemigo pequeño pero terrible, por una invasión espeluznante.

Con el tiempo, el mundo, la Tierra, sería como ahora en torno suyo. Silenciosa, muerta. Seres mecánicos, autómatas, sin humanidad ni corazón, sin sentimientos ni cerebro, cruzarían las calles. Movidos por controladores como «Makro». Serían extraños, rígidos paseantes, que acaso existían allá, en los cielos ignotos, en los lejanos planetas de donde «ellos» habían venido...

Miró al cielo austral. Las nubes se habían evaporado ya. Brillaban, lejanísimos, los astros. De uno de aquellos llegó posiblemente «Makro» con sus seres autómatas.

Allí estarían ahora. Esperando, acechando... mientras sus soldados iban tomando posiciones, tanteando el terreno, filtrándose, avanzando siempre...

Sí, era cierto. Terry no tenía por qué creer tales cosas. ¿Qué pruebas podía presentar él? Ninguna. Si llevaba policías a «Makro», no encontrarían al hombrecillo de la faz risueña, ni a los maniquíes humanos, ni nada de aquel horror. Todo desaparecería, estaba seguro de ello. Parecería perfectamente normal, y le tomarían por loco. Loco o borracho, como Terry dijera.

Borracho... Había momentos en que era preferible olvidar, ignorarlo todo..., volver a beber. La idea había sido siempre estremecedora para Rick, tras su curación. Ahora no se lo pareció tanto. Era peor, mucho peor la realidad, esta realidad.

El alcohol sería entonces como una evasión, como una victoria... La única evasión posible, la única victoria al alcance de sus pobres fuerzas. La inconsciencia, de nuevo el horror y las tinieblas del alcoholismo..., siempre preferibles a la oscuridad y angustia de esta agonía del mundo en que vivía...

Sus pasos se alargaron, se hicieron más rápidos. No sabía adonde iba, no sabía dónde pararía su marcha alucinante en la noche. Pero sí sabía lo que quería. E iba a hacerlo,

A veces, incluso morir era mejor que ninguna otra cosa...

* * *

El local empezaba a danzar en torno suyo. Era la hora en que la razón iba ya flaqueando. La hora en que todo se veía mejor, aun dentro de la turbulenta vorágine que le rodeaba, haciendo bailotear las cosas.

Rick Calder apuró su enésimo vaso de licor. Pidió otro con un gesto. El camarero le miró, realmente preocupado.

—Oiga, amigo, ¿por qué no deja de beber? —interrogó en portugués —. Es mala cosa perder la noción de la medida… y usted me parece que la perdió hace rato.

—Póngame otra copa y cierre el pico —replicó Calder, tajante, hundiendo el rostro entre las manos—. No quiero sermones. Quiero beber. ¡Beber! ¿Entiende?

—Sí, claro.

—¿Me va a vender una botella de whisky, amigo? O de ron, si lo prefiere...

—No. No vendo botellas —replicó el camarero—. Ande y vaya a dormir de una vez. Ha bebido tanto que su línea de flotación está por debajo del nivel de alcohol que lleva dentro. Manténgase a flote, o se

irá a pique.

—Es lo que quisiera. Irme a pique de una maldita vez...

Bajó de la banqueta del mostrador y extrajo unos billetes torpemente. En aquel momento, una mesa de clientes rezagados llamó al camarero. Este acudió, Rick puso el dinero sobre el mostrador. Descubrió entonces que el empleado había dejado una botella junto a él. Era de ginebra, y estaba llena.

Rápido, estiró la mano, aterrándola y hundiéndola en el bolsillo de su chaqueta. Luego, caminó hacia la puerta, ocultando con su cuerpo lo que se llevaba, no sin antes haber dejado sobre el mostrador otros dos billetes de diez dólares.

Cuando el camarero regresó, lanzó una imprecación.

—¡Diablo, ese maldito borracho ya se llevó la botella! — rezongó.

Iba a salir en busca suya cuando advirtió la presencia del dinero. Lo recogió, encogiéndose de hombros, y cambió de idea.

—Bueno, después de todo la ha pagado bien —se dijo—. Allá él con su borrachera...

* * *

Le dolía terriblemente la cabeza. Volvía a ser el pelele que fuera en Nueva York tiempo atrás. El mismo ser execrable por el que luchó el doctor Warren, por el que los McDonald sacrificaron dinero. ¿Para qué todo eso? Para volver a las andadas...

Contempló con aire estúpido su lamentable facha en un escaparate. Se despreció a sí mismo. Era la derrota. El fracaso de sus ilusiones en un futuro mejor. Había vuelto al pasado, con todo su horror y su degradación moral y física. El alcohol otra vez... el maldito, execrable alcohol.

Asqueado, dejó caer los brazos a lo largo de su cuerpo abatido. Entonces golpeó la botella que asomaba de su bolsillo. Se dispuso a sacarla de allí, a arrojarla lejos, muy lejos de sí..., avergonzado de su odiosa debilidad.

Entonces descubrió adónde había ido a parar de nuevo.

Sus pasos Se trajeron otra vez aquí..., al lugar que su espíritu deseaba. Había sido algo insensible, involuntario...

Otra vez allí, delante de la casa silenciosa de Terry y de Ana. Ellas dormirían. Se sintió tentado de acudir, de llamar y pedirles perdón. Pero recordó su estado. Ella se sentiría aún más asqueada de él, cuando le viera aparecer así, hediendo a alcohol, embriagado de tal forma.

Se limitó a musitar, con la vista fija en la casa de Terry:

— Perdóname, Terry, muchacha... Si tú hubieras creído en mí, esto no sucedería. Te necesitaba... Te necesitaba mucho, ¿sabes? Creo que Stella tenía razón. Necesita uno de una mujer para seguir adelante, para olvidar, para vivir de nuevo... Pero no tuviste fe en mí, Terry. Tú, la única capaz de salvarme, de ayudarme tanto...

Inició la retirada de la casa. Iba a marcharse definitivamente. No la volvería a ver. Ni a ella ni a nadie. Ni siquiera a Arnold. Se iría al mismo infierno, si era preciso.

Fue después de volver la cabeza, cuando ya emprendía el retroceso, el momento en que sintió dentro de sí algo como un escalofrío, una sensación inminente de peligro.

Giró de nuevo sobre sí mismo, ocultándose a la vez tras una esquina. Oteó la calle desierta, sin encontrar motivos para su inquietud. Pero cuando sus ojos volvieron a fijarse en la vivienda de Terry Temple, le sacudió un espasmo de horror.

Allí, al lado mismo de la casa, ¡se había materializado súbitamente, como surgido de la nada, un cilindro negro, mate, de altura superior a los tres metros, y de un diámetro de metro y medio!

Era como un prodigioso juego de magia, puesto que lo que poco antes era vacío, aparecía ahora ocupado por aquel cuerpo extraño, cilíndrico y sin brillo, del que no salía nadie ni se veía razón alguna para su existencia.

A horas tan avanzadas de la madrugada, nadie transitaba por aquella zona residencial de Río de Janeiro. Estaba solo, como único testigo del suceso. Se frotó los ojos, diciéndose que ya empezaban las alucinaciones alcohólicas. Pero aquello, fuese lo que fuese, continuaba allí. Era sólido, res/. Una columna negra y absurda, salida de la

noche… ¿para qué?

Avanzó, pegado al muro, con la vista fija en el objeto enigmático. De súbito, se introdujo en el hueco de un portal, sin separar la mirada del cilindro, erguido junto a la casa de Terry.

En esta última, la puerta se había abierto despacio, sin ruido. Rick, con expresión de alarma, esperó ver salir a Terry. Y en efecto, así fue. Salía ella. Erguida, con andares muy rígidos. Junto a ella, también caminando rígidamente, su hija Ana.

Quiso gritar, advertirlas, para que regresaran al interior de la vivienda. Pero el grito se le estranguló en la garganta.

Ambas parecían sonámbulas, mantenían los ojos abiertos estúpidamente clavados en el vacío…, y avanzaban en derechura hacia el cilindro negro. Con creciente horror, Rick Calder descubrió las nuevas figuras que salieron tras de ellas, apenas visibles desde su punto de observación, pero fácilmente identificables por su pequeñez.

Eran como pigmeos reducidísimos, caminando tras las piernas de Terry y de Ana. Eran… autómatas, pequeños «Sappys», escoltándolas con igual rígido paso.

Se estremeció. Era la primera vez que les veía en acción. Moviéndose como seres humanos, igual que en el mostrador donde eran vendidos. Pero con un más terrible aire de rigidez y precisión, como soldados de un espeluznante ejército diminuto.

Eran tres, y evidentemente, tenían tan en su poder a ambas criaturas humanas, que ellas no advertían lo que hacían. Su aire sonámbulo lo pregonaba así. Eran como autómatas de carne y hueso, dirigidas por una superior voluntad, ajena a la suya.

Recordó las palabras seguras, firmes de «Makro» el controlador:

«Esté donde esté, sus pensamientos llegan a mí, si hay un «Sappy» cerca. El, mi fiel soldado, recoge sus reflejos mentales y me los transmite sin alteraciones…»

No podía intervenir, pues. Estaba tan atado de pies y manos como si hubiera millones de muñecos siniestros rodeando a Terry y a Ana. En cuanto se aproximara a su distancia de acción telepática, sería descubierto, y su presencia transmitida en el acto al cerebro coordinador de «Makro», el hombrecillo de los diabólicos juguetes.

Y Terry y la pequeña Ana, siempre con sus andares automáticos y lentos, estaban llegando ante la superficie negra, curva, del cuerpo cilíndrico. Una sensación de urgencia, de desesperada y terrible urgencia, invadió el cerebro nublado por el alcohol de Rick Calder. Aun a costa de su vida, fuese como fuese... ¡Tenía que salvarlas!

Era preciso intervenir, luchar en la medida de sus pobres fuerzas... y ser aniquilado, si era inevitable, antes de que fuera demasiado tarde.

Vio que en la superficie negra del cilindro se abría lentamente algo así como una entrada circular, a ras de tierra. Terry y su hija estaban ya delante de ella. ¡Iban a cruzarla, siempre con sus tres horribles guardianes detrás, insignificantes de tamaño a su lado, pero terriblemente crueles y fuertes en realidad!

Rick no vaciló más. Supo que era el fin, su acto final, desesperado. Pero merecía la pena morir así, o ser trasladado a un lugar mil veces peor que la muerte. Al menos, sería lo único que podría hacer por Terry y por Ana..., quizá lo último.

Echó a correr, como un bólido, lanzándose hacia el objeto negro. Fue una carrera asombrosa, fulgurante, por la amplia calzada y el cruce de calles. Un semáforo hacía repetir la luz ámbar de su disco central, insistentemente, cómo un ojo de luz, ajeno a! drama que tenía lugar ante él.

Un asombro creciente invadió a Rick cuando observó que ni las dos cautivas ni sus captores advertían su proximidad cada vez mayor, ni volvían una sola vez la cabeza o acusaban de algún modo su presencia.

Ana había desaparecido en el cilindro. Terry estaba empezando a hacerlo... ¡y el cilindro negro comenzaba a disolverse en el aire, a disgregarse de la misma mágica forma en que apareciera!

Solamente faltaba que Terry diera un paso. Detrás suyo lo harían los tres autómatas. Y todo habría terminado. Aquel extraño artefacto, vehículo o lo que fuese, se evaporaría totalmente, sin posibilidad humana de volver a dar con él.

Entonces, Calder dio un salto inverosímil, al que respondieron sus músculos, pese a la atrofia alcohólica. Penetró como un alud por encima de los tres pequeños muñecos de risueña faz, y detrás de Terry. La puerta circular comenzaba a cerrarse, y ya la parte superior del cilindro negro se había borrado, fundiéndose en el aire.

Penetró Rick en el interior de una cabina igualmente cilíndrica, de color verde fantasmal sus iluminados muros, que, por contraste con el exterior, no desaparecían a la vista.

La puerta se cerró del todo, cuando el último 0e los tres autómatas se halló dentro. Pero para entonces, ya Calder se incorporaba, frenético, combativo, para destrozarles entre sus manos, erguido frente a ellos. Terry y Ana, como dos seres sin vida ni consciencia, permanecían en pie, rígidas al fondo de la cabina cilíndrica.

El estupor de Rick creció de punto. Los autómatas pasaban ante él, con las vidriosas miradas fijas en el aire, sin parecer acusar su presencia. Rick giró la cabeza, con sus puños enarbolados todavía, y descubrió adónde se dirigían los muñecos.

Había un microscópico cuadro de mandos a su medida, en un rincón de la cabina. Rick descubrió sobre ese cuadro una especie de pantalla circular de vidrio luminiscente, y como una pantalla de radar y de televisión unidas. Jamás vio nada más asombroso, salvo la propia tienda alucinante de «Makro».

Uno de los autómatas pulsó un resorte. La pantalla se aclaró. ¡Rick vio en ella la faz risueña, diabólica, de «Makro» en persona, moviendo los labios al hablar un extraño, gutural idioma rápido!

Entre tanto, otro autómata pulsó un segundo botón. Rick advirtió algo extraño en su organismo, como si se trasladara a gran velocidad por un espacio determinado. En cambio, el cilindro continuaba inmóvil al parecer, nada se agitaba en él.

Ocurrían cosas asombrosas, increíbles. Una, era que su presencia, totalmente voluntaria y consciente, no fuera descubierta por los autómatas ni por su controlados Otra, que aquel cilindro tuviera mandos y objetos propios de una nave…

Una nave.

¡Una nave! Rick parpadeó al ocurrírsele la idea. Pero si aquello era una nave… ¿cómo llegó hasta la casa de Terry? ¿De dónde surgió y en qué forma? ¿Y adónde iba ahora?

Su imaginación trabajó vertiginosamente. El alcohol parecía darle alas. Evocó relatos pseudocientíficos que había leído años atrás. Fantásticas especulaciones de los escritores sobre viajes hacia otras dimensiones y espacios desconocidos del ser terrestre. Eso podía estar ocurriendo. Podía suceder que el cilindro negro llegara de una

dimensión distinta, de la misma que habían venido a la Tierra los seres de «Makro», y se moviera su nave por ella, de regreso al punto X…, ¡a su propio mundo!

Contempló los rostros rígidos, inexpresivos, de Terry y de la pequeña Ana. Seguían como en trance hipnótico. Era difícil dominar su tentación de acercarse a ellas, de despertarlas de un modo u otro.

Pero Rick estaba captando una idea precisa por momentos. Fuese por la razón que fuese, algo sucedía para que él, y solamente él, no fuera descubierto por los autómatas de «Makro», pese a su poder intensamente telepático. Y si despertaba a Terry o a la pequeña, los pensamientos de ésta, al verle allí, revelarían al controlador su presencia en la extraña, diabólica nave.

Ya se había despejado su cerebro, pese a que el alcohol continuara afectándole, y experimentara vivas náuseas de vez en cuando. Pero el peligro latente, la fabulosa, inaudita aventura iniciada, le impelían a razonar, a mantener un frío dominio mental, dentro de sus vapores alcohólicos.

¿Dónde iba a terminar aquel increíble viaje a bordo de una nave capaz de aparecer y desaparecer en el aire en cuestión de segundos?

¿Qué extraño, alucinante final tendría esta aventura sin esperanzas?

CAPÍTULO VIII

LA BASE

Se precipitó mucho antes de lo que Rick podía esperar.

Uno de los autómatas diminutos accionó un mando de la nave. La pantalla volvió a iluminarse. Era una televisión extraña, deforme a la vista de Rick, y con un singular efecto tridimensional, que sin duda señalaba la posibilidad, nada despreciable, de que los autómatas contaran con un mundo con cuatro dimensiones o acaso más, y para ellos resultara una imagen plana de la conjugación de tres dimensiones.

Calder fijó su mirada perpleja en la pantalla. Ya no era la faz de «Makro» la que apareció en ella, sino una extraña, densa masa grisácea. Y en ella, flotando, algo, que en modo alguno podía ser un planeta.

Recordaba las formas de los «platillos volantes» imaginados o vistos en la Tierra durante los últimos treinta años, desde 1950 a 1980. Era circular, un disco tridimensional, de regular altura y superficie de color lívido, fosforescente y verdoso.

Aquella forma aumentaba de tamaño, dando la impresión clara de que se estaban acercando a ella a enorme velocidad. Calder parpadeó, estremeciéndose de emoción.

La aventura estaba terminando…, o empezaba en realidad para él.

—A veces, uno necesita beber —musitó roncamente, llevando la mano a su bolsillo, y comprobando con alivio que el posible cambio de dimensión no afectaba á la solidez tridimensional de una botella de ginebra—. Y nunca como en ésta ocasión…

Destapó la botella, echando un trago. Era muy fuerte aquella ginebra, y la escupió, casi ahogado por su fuerza alcohólica. En Río no se andaban con bromas al beber, por lo visto.

En aquel momento sucedió lo más increíble, lo más inesperado de todo.

Calder acababa de escupir la ginebra de la boca. Esta cayó sobre uno de los tres pequeños autómatas que se movían, como dotados de vida propia, por entre los mandos de la nave.

Y su chirrido espeluznante recordó a Rick Calder el que emitieran los dos «Sappys» que él destrozó con las tijeras. Al mismo tiempo, se agitó epilépticamente el muñeco, se encogió sobre sí mismo, igual a la forma en que lo haría un ser humano cuando es herido de muerte por una bala, por un arma blanca o un veneno.

Sus otros dos compañeros le miraron, al parecer sin entender nada de todo aquello. El que sufriera el salivazo de ginebra se retorcía, hasta abatirse en el suelo verde luminiscente, y terminar quedando inmóvil, con un lento, apagado chirrido final.

Rick, estupefacto, presenció lo ocurrido. Luego, miró la botella de ginebra, con auténtico asombro.

—Diablo —rezongó—. Si que es fuerte..., hasta para esos repugnantes bichos.

Los dos autómatas supervivientes se acercaban a los mandos, olvidando al parecer a su compañero inerte. Pero Rick observó algo extraño en sus movimientos, en la rapidez misma de sus manos pequeñas y gordinflonas... ¡Tenían prisa!

Sospechó lo que Iba a ocurrir. Los «Sappys» habían descubierto algo raro a bordo, Y se disponían a notificarlo telepáticamente a su controlador o a aquella especie de nave, plato volador o lo que fuese.

No había muchos medios de impedirlo, pensó Calder vivamente. Pero si aquella endiablada ginebra había sido eficaz una vez, podía serlo otra. No vaciló, y arrojó sobre los dos un chorro de ardiente líquido alcohólico.

Les alcanzó a ambos. Rick descubrió que no era pura casualidad lo sucedido poco antes. Cuando la ginebra se derramó, mojando a los dos muñecos, éstos reaccionaron en forma igual al anterior. Se encogieron, con el desagradable, horrible chirrido que ya percibiera antes, y comenzaron a caer.

Calder les observó fijamente, con una mueca dura, violenta. Por vez primera estaba luchando... ¡Y estaba venciendo! Con la más sencilla de las armas: ginebra, una bebida alcohólica...

¡Alcohol!

Era como un rosario de ideas que le asaltaban con nítida claridad. Ahora entendía otra cosa que fuera incomprensible: el por qué de aquella ineficacia de la telepatía de los autómatas en él. Si antes habían podido leer en su mente, captar su presencia, ¿por qué ahora no?

El alcohol... Ese era el misterio, la explicación de todo. Los efectos del alcohol actuaban como un aislante, como una barrera para la fuerza magnética de los seres de otro mundo. Por eso no le descubrieron, por eso no fue detectada su presencia. Y por eso, ahora, al tocarles el alcohol a los pequeños monstruos de «Makro», actuó como un eficaz veneno, como un auténtico antídoto contra aquel cáncer viviente que era para la Tierra la invasión de los seres de «Makro», el siniestro hombre de los muñecos...

Si el alcohol era a la vez barrera y antídoto para los invasores..., ¡tenía en sus manos la clave de la feroz lucha!

Se volvió hacia Terry y la angelical niña de ésta, templándole el pulso por la violenta emoción de su descubrimiento. No podía dejar caer aquella botella de ginebra de sus manos. Era el arma más preciada a la que podía aspirar.

Y posiblemente, también el medicamento idóneo para ambas cautivas. Se apresuró a derramar sobre ellas la ginebra, a verter en sus labios algunas gotas. Esperó luego...

No tuvo que aguardar mucho. El color volvió a las mejillas de ambas. Algo así como una luz nueva brilló en sus ojos vidriados. Empezaron a respirar más pausadamente.

Luego, Terry se agitó, parpadeó, como si despertara de un terrible sueño, y se volvió a Rick, aturdida.

—¿Qué... qué significa esto? —preguntó la joven con voz débil.

Calder la miró, radiante. Se sentía un hombre nuevo. Ahora volvía a ser ella, su buena amiga. Terry, la muchacha por la que, inexplicablemente, había sentido algo tan profundo y enternecedor. Luego volvió los ojos a la pequeña. Ana parpadeaba también, y luego rompía a sollozar débilmente:

—Mamá..., mamá, tengo miedo... —musitaba—, Rick hizo bien... dile que venga... Rick mató a «Sappy»... Dile que mate a esos otros que vienen, que quieren cogerme...

Sus sollozos culminaron en un grito. Pero ya Rick la atraía hacia sí, acariciando su cabecita, y consolándola. Terry, ya despierta por completo, miró a Calder, y luego al extraño lugar cilíndrico, luminiscente, en que se hallaban metidos.

Preguntó:

—Dios mío, Rick... ¿usted? ¿Qué significa esto? ¿Dónde estamos? ¿Qué ha ocurrido?

—Cálmese, Terry, sobre todo —murmuró Calder con serenidad, sin apartar de sí a la pequeña Ana, que se abrazaba a él desesperadamente —. Han pasado por un terrible trance. Fueron secuestradas mientras dormían. Creo que Ana fue la única que debió despertar a tiempo de ver a sus captores, y la impresión para ella fue demasiado fuerte. Fueron los «Sappys», Terry. Yo tenía razón, ya lo ve. Ahí tiene a tres de ellos... muertos. Y aquí nos tiene a nosotros, viajando a través de un espacio que ignoramos, posiblemente de una dimensión totalmente

desconocida para el hombre, dentro de un vehículo o artefacto jamás utilizado por ser humano alguno que no fueran las víctimas de nuestros enemigos e invasores. ¿Le prueba esto mi razón, Terry?

Ella miraba vagamente en torno. Sobre todo, se estremeció, palideciendo, al descubrir en la pantalla visora la forma circular del disco verde espectral. Su tonalidad había cambiado ya. No era realmente azul ni verde. Su color resultaba desconocido para los ojos humanos.

—¡Cielos, Rick, es espantoso! —jadeó, lívida—. ¡Esa terrible historia de un ser que dirige a los autómatas… era cierta!

—Sí, Terry. Vosotras erais sus nuevas cautivas. Al destruir yo al «Sappy», ¿qué sucedió?

—Comencé a pensar, Rick. Me dije que era extraño que tú dijeras tales cosas. Y casi empecé a creer en ti. Me propuse ir al día siguiente a ver a la policía y hablarles de todo cuanto tú me contaste.

—Eso fue lo que decidió a «Makro». Alguno de sus horribles espías autómatas registró tus pensamientos y se los transmitió. Entonces resolvieron acabar urgentemente con el peligro de una persona que creyera en mí y me apoyase. Así os raptaron durante el sueño, dirigiendo vuestros pensamientos como en un hipnotismo magnético muy poderoso. Igual hicieron con todos los demás, es evidente. Viajan en un cilindro como éste, que se torna invisible, sin duda al cambiar de dimensión o de espacio por el cual se mueve. Así, aquel a quien se llevan, jamás vuelve a su mundo.

—Pero, Rick, ¿cómo pudo suceder todo esto? ¡Es… es algo tan increíble…!

Calder se lo refirió todo. Al final del relato, ella miró con auténtica gratitud la botella de ginebra que Rick había vuelto a poner en su chaqueta cuidadosamente.

—Dios sea loado —murmuró la joven—. Jamás pensé que debiera la vida y la de mi hija a una botella de ginebra… Bueno, y a ti tam… bíén, quiero decir, a usted.

—Terry, puedes hablarme como a un amigo de verdad —dijo roncamente Calder, inclinando los ojos—. Como al amigo que más os quiere a ti… y a esta criatura.

—Gracias, Rick. Eres maravilloso —se inclinó y besó su rostro

dulcemente. Luego, alzó la cabeza, mirando de nuevo a la pantalla. El tamaño del disco volador crecía y crecía. Ya debían de estar muy cerca de él. Terry expresó sus temores—: Pero, Rick, seguimos hacia allí..., a ese disco o plato volador. ¿No sabes manejar los mandos para volver a la Tierra?

—Creo que sí —Rick señaló a ciertos resortes—. Sé los que movieron ellos. Imagino que esos otros que no tocaron significan el retroceso. Pero volver no significará nada» Tenemos que hacerlo, sí, a ser posible triunfalmente. Con pruebas, que hundamos a «Makro»..., o con la seguridad en las armas de que disponemos. Por el momento, sólo sabemos que el alcohol les es adverso, como a nosotros puede sérnoslo el anhídrido carbónico o el gas letal.

—Es decir..., ¿qué piensas llegar hasta el final? ¿Posarte o penetrar en esa nave circular? —se asustó Terry.

—Sí. Por ti, por mí, por Ana y por todos nuestros hermanos de la Tierra, hemos de hacerlo, averiguar lo que es eso, y ver la forma de aniquilarlo. Creo que si el alcohol nos aísla de su telepatía, podemos llegar ahí impunemente.

—¿Pero serán todos autómatas?

—Correremos ese riesgo. Si no lo son, el peligro existirá igual, y volver a la Tierra no será otra cosa que aplazar nuestro fin y, con él, la agonía del mundo.

—De acuerdo, Rick —le miró largamente, con intensidad. Apretó contra sí a su hija—. Vamos adelante. Sea lo que sea lo que nos espere, no puede ser peor que lo que nos pudo haber ocurrido. Tengo fe en ti. Mucha fe, Rick, Perdona si antes la perdí por unos momentos.

— No lo recuerdes —sonrió Calder—. A cualquiera le hubiera sucedido igual. Todo parecía una locura, una insensatez inadmisible, pequeña... Gracias por confiar ahora en mí. Creo que es cuando más falta hará esa fe. En nosotros y en que Dios no nos abandonará en esta hora decisiva para la Humanidad...

Ella asintió. Calder acercóse a los mandos, con la vista fija en la nave circular, a la que estaban llegando. Y la imagen de la pantalla no la captaba sino en una pequeña parte.

Entonces vio cómo una parte de su superficie, un segmento del gran disco, se abría, deslizándose automáticamente a un lado. Un indicador se encendió con una intermitente luz dorada. Calder la observó. Al

lado del botón de marcha que los autómatas accionaron en la Tierra había otro que, a no dudar, significaría todo lo contrario» Esperó, con la mano cerca de aquel pequeño control. Cuando el color de la luz intermitente, pasó del dorado al azul, Rick apretó el botón, encomendándose a la vez al Altísimo para que todo saliera bien.

Observó atentamente la pantalla.

Nada ocurrió a bordo del cilindro viajero. Pero la sensación física de movimiento había desaparecido. Aunque nada variaba en la extraña nave fosforescente, al parecer estaban parados. Parados en aquel lugar ignorado y fantástico.

—¿Y ahora, Rick? —susurró ella, trémula, apretando a Ana contra sí.

—Ahora... Dios dirá — respondió roncamente Rick, mientras oprimía la botella de ginebra con fuerza. La destapó, echando más alcohol sobre ellas. Luego, él mismo bebió un buen trago, y se humedeció el cabello con la ginebra. Rió, burlón —. Es la primera vez que me alegro de haber sido un alcohólico... Pero si salimos de ésta con vida, Terry, prometo no volver a probar una gota más en toda mi vida...

—Te recordaré esa promesa, Rick..., cuando volvamos a la Tierra — sonrió ella, animosa, aunque él sabía que tras esa sonrisa se ocultaba un vivo temor al futuro.

Asintió Calder, avanzando hacia el lugar donde se abriera aquella entrada circular antes de iniciarse el viaje. Pero antes de llegar a ella, la abertura circular comenzó a abrirse, con un silencioso deslizar del extraño material de aquel cilindro.

Calder dio un paso atrás, alerta. Luego se movió despacio, al ver que nadie aparecía ante sus ojos. Llegó a la salida. Terry iba a seguirle, y Rick atajó:

—No. Ocurra lo que ocurra, ni tú ni la niña podéis arriesgaros. Terry, tú sabes bien cuán desesperada es esta lucha contra lo que ignoramos qué pueda ser. Es mejor que te quedes aquí con ella, esperándome. Si triunfo, volveré. Si no... prueba tú en aquel resorte más próximo a la pantalla, en su parte derecha. Es el de salida. Y en ese caso, que tengáis suerte y regreséis a la Tierra, querida,

—Rick, por Dios...

Calder denegó de nuevo. Luego, sonrió con unos alientos que no tenía en realidad.

Dijo:

—Hasta pronto, Terry. Volverás a verme, no temas...

Después salió del cilindro, antes de que ella pudiera evitarlo. Y la puerta circular comenzó a cerrarse silenciosamente. Solamente pudo oír la débil voz de la muchacha, llamándole desde el interior:

—¡Rick..., Rick, deseo que vuelvas... ! Te amo...

Se estremeció sintiendo flaquear por un instante sus fuerzas. Aquella revelación de la joven le afectaba hondamente. Luego, esa misma emoción le hizo recuperarse.

Irguióse, con la absurda arma que suponía la botella de licor, junto al cilindro negro, en cuyo interior quedaban Terry y la niña, a quienes quizá ya nunca volvería a ver...

Miró en torno suyo, tratando de saber dónde se hallaba.

Era un lugar cerrado, de alta bóveda oscura, quizá la superficie del disco por la que habían entrado. Los muros despedían aquella luminosidad que también poseía la pequeña nave que les trajera desde la Tierra.

Aquel silencio, aquella sensación de absoluta inmovilidad, causaba cierto horror. Era como si no existiera vida a bordo del disco volante. Pero el aire era respirable, y al caminar, ecos distantes repitieron huecamente sus pasos sobre el negro, brillante suelo.

¿Por qué nadie acudía a recibir a la nave? ¿Por qué aquel mutismo? ¿Sospechaba alguien de aquella posible base espacial de los invasores, la presencia de seres extraños dominando la nave viajera?

Rick siguió avanzando por el lugar desconocido e inquietante. El suelo descendía, en suave rampa. Perdió de vista al cilindro negro a sus espaldas, y se estremeció, temiendo por Terry y por la niña.

Pero tenía que seguir adelante. Si los pequeños autómatas se dirigieron a aquel plato volador, era porque algo existía allí que les interesaba. Y si un planeta había resuelto invadir la Tierra, nada más lógico que situar, entre ellos y el mundo a invadir, una estación o base del Espacio, desde la cual lanzar a los autómatas sobre el planeta elegido.

¿Es que no había nadie en esta base? ¿Ningún signo de vida, fuese

cual fuese?

De súbito, Calder dejó de andar. Recordó que los autómatas no parecían ser sensibles al sonido, el olor u otra manifestación de vida. Solamente al pensamiento humano, que captaban con su poderosa fuerza telepática. Y el alcohol que Rick llevaba encima hubiera bastado para aislar los pensamientos de un elefante.

Sonrió para sí. Tal vez era eso. Ellos esperaban detectar algo, desde sus propios autómatas, para entrar en movimiento a su vez, en una especie de cadena automática e inhumana, lógica en tales seres. Al no producirse la razón, no reaccionaban tampoco ellos. Y, por So que dijera «Makro», él era el único controlador capaz de mover a los muñecos con su sola voluntad y control.

Ahora, la senda se hacía fiara y recta otra vez. Siempre había aquella luminosidad borrosa pero precisa para ver en torno. Repentinamente, ante él, vio brillar los muros transparentes de una gran pared o panel que llegaba hasta el techo altísimo de la supuesta base.

Y Rick comprendió, con un escalofrío, que no sólo era aquel siniestro lugar de silencio una base para los invasores interplanetarios, sino «un almacén de autómatas en gran escala».

¡Allí, detrás de aquel muro transparente, como un gigantesco escaparate, ¡aparecían montones, miles y miles, quizá millones y millones de inertes «Sappys», esperando su turno, su momento de ser enviados a la Tierra para anegarla, para aniquilar al hombre!

Eran hileras, hileras interminables, pilas titánicas de pequeñísimos seres, en cifras escalofriantes, como un bazar colosal, que jamás se agotaría, «Makro», en su diabólico bazar de Río, pronto recibiría miles y miles de nuevos muñecos. Y luego, otros bazares del mundo ampliarían también sus «stoks», con aquellos pequeños demonios de muerte y aniquilación. Las gentes aceptarían, con una sonrisa de complacencia, la presencia de su implacable invasor, bien ajenas a la amenaza latente.

Calder se enjugó el sudor, horrorizado ante aquel panorama atroz. Luego, siguió andando. Pero no mucho trecho. Porque de repente, se encontró que todo se iluminaba en torno suyo, al pisar un determinado punto.

Miró en derredor, asustado. Una enorme nave, provista de un cuadro de mandos complicadísimo, en su centro, y una gigantesca pantalla televisora, hemisférica, en el centro de la misma aparecieron ante él. A

su vez, bajo la pantalla gigante, había otra, más reducida, igualmente convexa.

Delante de aquellos mandos, erguido en un asiento, rígido como un poste metálico, se hallaba un extraño ser viviente. Un personaje que se movía, aunque Calder comprobó, con horror, que no era de carne y hueso, sino de la misma materia que los «Sappys». En su costado derecho, asomaba el rojo resorte de los autómatas, que le convertían también a él en un autómata gigante, acaso de unos dos metros de altura.

Calder avanzó hacia él. El autómata no pareció captar su presencia. Tenía un rostro de extraño muñeco, similar al de aquellos que parecían empleados de «Makro» en Río de Janeiro.

Contemplaba con unos ojos vidriosos, de color ámbar, la superficie de mandos, en la que apoyaba sus manos de aspecto humano, fielmente copiadas de los hombres. Rick estuvo muy cerca de él, sin que el autómata gigante lo apercibiese.

Rick desvió luego su mirada hacia otra especie de gran escaparate del fondo, igual al que mostraba a los millones de muñecos almacenados. Tenía también luz, y era transparente. ¡Pero detrás no había autómatas, sino seres humanos! auténticos seres humanos, acaso en número de cien!

Calder descubrió al negro de aquella noche… ¡A Ned Burgess, a Jimmy, «Bucles de Oro», todos ellos rígidos, inmóviles como autómatas de carne y hueso!

Lanzó un ronco gemido, que no afectó al autómata del cuadro de controles. Luego se apoyó en este mismo cuadro, para rehacerse del impacto emocional que aquello le produjera.

Después, tuvo la sensación de que el autómata de la mesa, se había puesto en marcha, y se volvió vivamente, sintiendo un dogal de angustia en torno a su garganta…

FINAL

Clavo sus ojos en el gran autómata, que, en efecto, había entrado en movimiento.

Pero no para agredirle a él, como temiera en principio. Pulsaba resortes, con gran agilidad de manos, y las dos pantallas comenzaron a iluminarse. Calder las miró, como fascinado.

En la gran pantalla superior apareció un ser escalofriante, demoníaco. Era un enorme, gigantesco humanoide de color azulverdoso, grandes ojos amarillos y extraños tentáculos, sentado en una especie de trono colosal y rodeado de una guardia extraña, de seres provistos de resorte en sus costados.

El autómata del cuadro de mandos miró con aspecto reverente a aquella espantosa efigie, que recordaba a una extraña mezcla de araña y pulpo con rostro humano. Hablaba aquel ser de pesadilla y su voz sonaba metálica, chirriante, en unos altavoces membranosos situados bajo la gran pantalla.

Calder observó que el autómata del control pulsaba otro mando, y en la pantalla inferior, la más pequeña, aparecía un rostro conocido, odiosamente conocido...

La faz de muñeco viviente de «Makro» en persona, con su eterna risa burlona y su mirada diabólica. Entonces se entabló una especie de diálogo gutural, chirriante y rápido, entre ambos seres, a través de un complicado juego de conexión que indudablemente estaba en manos de aquel autómata, intermediario, único ser con movimiento situado en la base.

Se advertía una expresión servil, de obediencia mecánica, en el poderoso y altivo «Makro», que alardeara de ser el único amo de los autómatas. Rick creyó entender, pese a la magnitud de tanto descubrimiento inaudito como estaba hallando a su paso por aquel mundo de pesadilla.

El raro monstruo de la gran pantalla debía de ser el auténtico amo, el monarca del planeta invasor. Un ser abominable, que se servía de autómatas para todo... Y a través de una coordinación a enormes distancias, instalada a bordo de la nave o base espacial, podía entrar en contacto directo con «Makro», su controlador en la Tierra...

Pero, ¿y si aquella coordinación, aquel enlace, llegara a romperse? ¿Lograría alguna vez aquel monstruo remoto y espantoso rehacerse de nuevo para intentar la conquista de la Tierra?

La idea penetró en la mente de Rick Calder de un modo violento. Miró con torva mueca de odio y de implacable venganza a los tres seres que le eran visibles. Los dos superiores reflejados en las montañas, a quienes no llegaría su venganza personal, pero sí el golpe con que un simple terrestre, un vulgar hombre del planeta Tierra, replicaría a su ofensiva.

—Ahora, amiguitos, me toca hablar a mí —dijo glacialmente.

Y avanzó sobre el autómata gigante. No vaciló, al arrojar a su rostro, con un vigoroso impulso, más de media botella de ginebra. El líquido golpeó u faz de muñeco, se derramó sobre su cuerpo de aspecto artificial.

Esta vez e! chillido fue aterrador, intensísimo. El autómata se alzó de un brinco, rugiendo extrañamente, agitando sus brazos en el aire. Retorcióse espantosamente, mientras en las pantallas los rostros de los dos controladores se inmovilizaban al captar sin duda el reflejo mental del autómata afectado por el ataque.

Rápidas palabras del monstruo tentacular, removiéndose en forma espantosa en su trono, fueron replicadas con monosílabos guturales por «Makro», que se agitó en su pantalla.

Calder sin vacilar, mientras el autómata gigante caía de bruces, revolcándose horriblemente, entre chirridos espasmódicos, comenzó a arrancar conexiones, cables y mandos del controlador. Una chispa azul brotó de la pantalla grande, el monstruo aulló ensordecedora mente... y la imagen quedó borrada. ¡La conexión con el planeta de los invasores estaba rota!

Rick se volvió por un momento hacia la pantalla pequeña, mientras seguía su destrozo. Cuantío sus dedos se cerraron en torno a una llave giratoria, de color rojo, «Makro» alzó sus manos y habló, por vez primera, en lenguaje comprensible para Calder:

—¡No... no toque ahí! —chilló—. ¡Por fuerza tiene que ser usted, Calder! ¡No sé cómo lo ha hecho, pero es usted, lo sé! ¡Lo presiento, a pesar de que no llego a captar su mente! ¡Ha debido descubrir el antídoto, estoy seguro...! ¡No toque ese botón! ¡Destruya lo que quiera en la base, pero no toque ese botón! ¡Le prometo partir, abandonar la Tierra con mis muñecos, pero no haga eso! ¡Ya cortó la coordinación espacial con mi mundo! ¡No siga... no siga...!

Rick Calder rió duramente, apretando los labios.

—No sé si me oirás tú como yo a ti, «Makro», superhombre —dijo fríamente—. Pero yo también te supliqué una vez, y tú me contestaste con una horrenda pesadilla, en la que creía morir mil veces. Lo siento, «Makro», pero los hombres de la Tierra no somos estúpidos ni ciegos. A veces alcanzamos adonde no llega nadie. Porque tenemos fe… y porque sabemos que el más fuerte, al final, es siempre el que lleva la razón, el que lucha por subsistir, y no el que lo hace por conquistar. ¡Adiós, «Makro», a ti y a tu imperio de autómatas!

Arrancó el botón violentamente. Esperaba también que la imagen de la pantalla se borrase con otro chispazo. Pero no fue así. En vez de eso, la figura de «Makro» saltó como golpeada por un brutal hachazo. Le vio ahora en su totalidad, redondo y gordinflón, con su rostro de muñeco, contraído y violento, agitándose en algo que parecía una espantosa agonía.

La imagen fue clara. Tanto que mientras «Makro» se deslizaba por el suelo de su despacho en el bazar de juguetes, Rick Calder pudo ver, con estupor, algo que jamás hubiera creído.

«Makro», mostraba en su costado un gran resorte rojo, del que brotaban chispas ahora, mientras él se retorcía, agonizante…

* * *

Rick se enjugó el sudor, angustiado. Tras la inmovilidad final de «Makro», había destrozado otros mandos, y la segunda línea de televisión con la Tierra, directamente al despacho del controlador, quedó rota.

«Makro» había sido simplemente un autómata más, de aspecto humano. Pero un muñeco, a mayor escala, como lo fueran sus empleados, como el coordinador de la base Espacial de los Invasores… Solamente aquel horrendo ser de tentáculos y de faz humana, parecía realmente vivo. Un monstruo de espantoso aspecto pero poderosa inteligencia, que había lanzado sobre la Tierra un alud de autómatas, de seres inanimados, que su técnica prodigiosa, una técnica a distancia, de control remoto imposible de alcanzar aún por el ser humano, movió a placer, a través de controles lejanos y coordinaciones que, acaso de repetir, le costaría siglos de volver a instalar.

Muerto «Makro», y aniquilado el control intermedio, los muñecos volverían a ser sólo muñecos. Inofensivos, graciosos, tal como parecían realmente…

El resto fue sencillo. Aniquilado el poder telepático, los prisioneros volvían a la normalidad, en su vitrina o encierro transparente. Rick Calder se cuidó de quebrar con violencia aquel muro de cristal, para devolverles la libertad.

Jimmy lloraba, llamando a sus padres, Ned Burgess abrazó a Calder, tras la asombrosa aventura que él había ignorado, en su sopor hipnótico, y sólo conoció al referirla Rick.

Luego, todos los terrestres juntos regresaron a la sección de la base Espacial donde quedara el cilindro negro. Rick no respiró con fuerza hasta ver que la nave seguía en el mismo sitio, que la puerta circular se abría al aproximarse ellos, y que una Terry Temple bañada en llanto, y con Ana igualmente sollozando a su lado, se arrojaba en sus brazos, dando gracias a Dios por el triunfo final… y por el regreso de Rick.

Después fue Burgess, siempre práctico, quien puso el dedo en la llaga:

—Bueno, somos un centenar de personas… ¿Cómo volver a la Tierra, Rick, en ese cacharro tan pequeño?

Calder tuvo solución para ello. En varios viajes, el cilindro negro haría el traslado definitivo de todos ellos. Y en cada viaje, sería Rick quien dirigiera la nave. Nadie le discutió ese derecho, ganado de la más legítima y heroica forma.

—En el último viaje, amigos míos, esta maldita base de invasión interplanetaria, será volada con un explosivo nuclear. Espero que los Gobiernos de la Tierra no pongan dificultades, después de lo que todos nosotros tenemos que relatarles…

Burgess asintió, sombrío. Pero aún tuvo motivo para un comentario irónico;

Y ya puede ir archivando Arnold la idea de asombrar al mundo con su «Ciencia-Ficción». Ni siquiera yo, soy capaz de imaginar algo parecido a esto, Calder…

Rick, sonrió, con todos sus sentidos puestos en Terry Temple y en la pequeña Ana.

La joven musitó:

—Ahora, todo consiste en que sepamos volver a la Tierra, Rick.

—Claro que sabremos volver —sonrió él—. Lo más difícil está hecho. Ya verás cómo dentro de un mes, te conviertes en la señora Calder… y yo no pruebo jamás una gota de licor.

—A pesar de ello, yo sí lo voy a probar —gruñó Burgess—. Aunque sólo sea para celebrar su heroico papel en esta aventura.

Y el escritor casi vació de un trago la botella de milagrosa ginebra.

—Oh, Rick, soy la mujer más feliz del mundo —acertó a decir Terry, en medio de sus emocionadas lágrimas—. Tengo fe en ti, y sé que llegaremos a nuestro planeta sanos y salvos… y dentro de ese mes que tú has dicho, me convertiré en la señora Terry Calder… ¡para toda la vida!

Terry tuvo razón. Y de nuevo acertó, al tener fe.

Porque la prueba de que toda la aventura terminó bien, de que el mundo creyó la historia alucinante de Rick Calder, apoyada por más de cien testigos, y de que todos regresaron con vida a la Tierra, para dicha de los familiares que les dieron por perdidos, fue que, transcurrido aquel mes, Terry Temple y Rick Calder se casaban.

FIN